



Número 246
Enero 2024

HOMENAJES AL DÍA HOMENAJES DEL GELIO

REVOLUÇÃO E
CONTRA-REVOLUÇÃO

PLÍNIO CORRÉA DE OLIVEIRA

"CATHOLICISMO" - N° 100 - SUPLEMENTO



*La lucha de la historia,
en un tratado de amor a Dios*

Un mal universal

Mis queridísimas hijas en nuestro Señor. [...] Habéis nacido precisamente para los tiempos en que vivimos; vuestra vocación es exactamente la lucha espiritual mediante las armas de la oración y de la immolación, contra Satanás y contra la forma actual de sus embestidas. [...]

Esta lucha [...] ya no es como antaño, un ataque parcial contra algún punto del dogma y de la moral católica, [...] o una revuelta accidental y local contra algún principio; en nuestros días, es un vasto movimiento general contrario a todos los dogmas religiosos, a todos los principios de la moral y a todas las bases de la sociedad religiosa y civil. Este mal es universal, se propaga por todos los pueblos del mundo, a pesar de las diferencias de clima, de raza, de gobierno, entrelazando las inteligencias en una vasta red de mentiras, expresadas con palabras seductoras. [...]

Frente a la Iglesia de Jesucristo se alza, casi sin velos, envalentonada por las des-

gracias de los tiempos, la infernal Iglesia de Satanás, que, durante tanto tiempo, ha tramado sus conspiraciones en la sombra y ha cubierto con el más profundo secreto sus abominables errores, sus innobles misterios y sus odiosos designios.

Persigue locamente la aniquilación de los derechos de Dios en este mundo, el derrocamiento de la Iglesia y de todas las bases del orden social cristiano, la exaltación de la supuesta perfección nativa del hombre, y su independencia de Dios, la destrucción de toda autoridad, el reino de la materia, del desorden y de la impiedad; la negación misma de Dios. [...]

Y ese mal es lo que se ha convenido denominar, con tan diversas interpretaciones: la revolución social y religiosa.

ARNAUD, Henri.

«Le choix de l'Absolu. Mère Marie de Jésus Deluil-Martiny». Marseille: Henri Arnaud, 1990, pp. 105-110.



Beata María de Jesús Deluil-Martiny, fundadora de la Sociedad de las Hijas del Corazón de Jesús

Reproducción

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 246, Enero 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N.º. 164.671

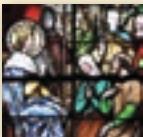
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Obra maestra</i> y «obras maestras» (Editorial)	4																		
<i>La voz de los Papas –</i> <i>Un proceso de negación</i> <i>de Dios</i>	6		<i>Comentario al Evangelio –</i> <i>El Apóstol arquetípico</i>	8		<i>La cristiandad medieval –</i> <i>Como miembros de un</i> <i>solo cuerpo</i>	12		<i>Primera Revolución –</i> <i>El delirio de un cristianismo</i> <i>sin Iglesia</i>	16		<i>Segunda Revolución –</i> <i>No es un episodio, sino</i> <i>una parábola de la</i> <i>historia...</i>	20		<i>Tercera Revolución –</i> <i>«Rusia esparcirá sus errores</i> <i>por el mundo...»</i>	24		<i>La Revolución en las</i> <i>tendencias – La más sutil de</i> <i>las revoluciones...</i> <i>y la más eficaz</i>	28
<i>Cuarta Revolución –</i> <i>El estandarte del infierno</i> <i>se levanta...</i>	32		<i>La Contra-Revolución –</i> <i>La más bella gesta</i> <i>de la historia</i>	36		<i>Verdadero manual</i> <i>de santificación</i>	40		<i>San Francisco de Sales –</i> <i>Amar a Dios sin medida</i>	44		<i>Los santos de</i> <i>cada día</i>	48		<i>¿De qué color es el cielo?</i>	50			



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es 



OBRA MAESTRA

Y «OBRAS MAESTRAS»

En la Sagrada Escritura se configura la existencia de un «libro de la vida» (Flp 4, 3; Ap 13, 8; 17, 8; 20, 15; 21, 27), que enumera no sólo a los bienaventurados del Paraíso, sino también a los que ya viven la beatitud en este valle de lágrimas. En este sentido, se puede declarar que la vida de Plinio Corrêa de Oliveira fue, en la práctica, un constante prólogo del Cielo, sin dejar él, no obstante, de luchar por la Iglesia militante con las armas de Dios, para afrontar las asechanzas del diablo (cf. Ef 6, 11).

Nacido en los albores del siglo xx, en la antaño pequeña ciudad de São Paulo, el niño Plinio recibió desde temprana edad una formación religiosa, académica y humana ejemplar, gracias a los desvelos de su celosa madre, Lucilia. Siendo ya adolescente, tuvo que atravesar resoluto el pantano del pecado que inundaba su entorno. Tales circunstancias le permitieron discernir el fenómeno que más tarde denominaría *Revolución*, la cual, a semejanza de una hidra, embestía progresivamente contra los últimos restos de la civilización cristiana, que en aquella época lanzaba sus posteriores fulgores.

Al ingresar en el movimiento católico, el Dr. Plinio se dio cuenta de que ese Leviatán osaba soplar densas tinieblas en el interior de la propia Iglesia Católica y se preguntaba si conseguiría de alguna manera cortarle el paso. Y así concluía: «Si yo no luchó contra la Revolución, no he vivido». Dicho de otro modo, el libro de su vida debería ser una verdadera gesta o simplemente no lo sería. Su plena identificación con ese ideal —la Contra-Revolución¹— hizo que su nombre se convirtiera, de manera paradigmática e irrefutable, en un estandarte de aquellos que siguen este camino,

incluso casi tres décadas después de su partida hacia la eternidad.

En 1943 vio la luz su primer libro, *En defensa de la Acción Católica*. Prologado por el nuncio apostólico en Brasil, Mons. Benedetto Aloisi Masella, y objeto de una carta de elogio en nombre de Pío XII, enviada por la Secretaría de Estado de Su Santidad y firmada por Mons. Giovanni Battista Montini, futuro Pablo VI, la obra denunciaba los gérmenes de igualitarismo y de laicización introducidos furtivamente en el ámbito eclesial. El tiempo demostró que los pronósticos del Dr. Plinio eran certeros.

Incluso silenciado y cercenado por todos lados, continuó decidido en su cruzada contrarrevolucionaria, que culminaría con la publicación en 1959 de su obra maestra: *Revolución y Contra-Revolución*. Sofocado de todas las maneras en aquella época —tanto por la incomprendición de los discípulos del Dr. Plinio como por el sabotaje de sus enemigos externos—, el libro resistiría la prueba del tiempo y pronto se convertiría en punto de referencia para numerosas asociaciones e intelectuales católicos del mundo entero. Es más: los sesenta y cinco años transcurridos desde entonces le darían la razón, a tal punto que esa efeméride merece atención no sólo por su marco cronológico, sino también por el estadio actual de la Revolución, trazado con clarividencia profética en su ensayo, tanto en su primitiva redacción como en los complementos insertados en 1976 y 1992.

Para el autor, la Revolución constituye «un movimiento que pretende destruir un poder u orden legítimo y poner en su lugar un estado de cosas [...] o un poder ilegítimo».² El Dr. Plinio revela la crisis del hombre contemporáneo desde una



El Dr. Plinio en 1965; a la derecha, portadas de la primera edición de «Revolución y Contra-Revolución» y del mensual «Catolicismo», en el que también fue publicado el ensayo

Foto: Reproducción

perspectiva teórica e histórica, pues, en su opinión, posee las siguientes características: es universal, una, total, dominante y progresiva.³ Parafraseando, este movimiento se encuentra en todo el orbe de una manera unitaria y hegemónica, buscando emprender una dominación consciente y gradual sobre los individuos y los grupos.

Las raíces de este proceso se remontan a la primera de todas las revoluciones, la de Lucifer, el «proto-revolucionario», cuyos efectos oblitaron la más perfecta de las jerarquías, es decir, la angélica. Contra él se levantó el arcángel San Miguel, «el primero en dar el grito de indignación contrarrevolucionaria» ante la «Revolución matriz, modelo y foco de las demás», según expresiones plinianas.

A esta estela revolucionaria le siguieron el pecado de Adán y Eva, de Caín, de Ajab y de los baalitas, así como las insidias de Herodes, Anás, Caifás y Judas Iscariote contra el Hombre-Dios. Otra lista podría estar encabezada por Néron, Juliano el Apóstata, Arrio y muchos otros heresiarcas, hasta nuestros días...

Sin embargo, el carácter progresivo de la Revolución nace más concretamente a partir del ocaso de la Edad Media, cuando el fenómeno se volvió global, capilar y con una genética bien definida: es esencial, radical y metafísicamente igualitario. Sus manifestaciones específicas en cada una de las sucesivas explosiones revolucionarias se verán en detalle a lo largo de los artículos de este número especial, desde su estallido con la llegada del Renacimiento, el Humanismo y, luego, la pseudo Reforma protestante, hasta los desvaríos de nuestros días, que parecen tocar con los dedos los «sueños» del primer revolucionario, mencionado unas líneas más arriba. En efecto, el Dr. Plinio

esbozaba en el epílogo de 1992 los caracteres de una revolución cuyo refinamiento coincidiría con la propia meta del demonio enunciada en una de las tentaciones de Cristo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras» (Mt 4, 9).

Ante este gigante áspid de piel camaleónica, el Dr. Plinio jamás cayó en la tentación del derrotismo. Antes bien, discerniendo que la lucha entre la Revolución y la Contra-Revolución es la misma que la del bien y el mal, percibió que éste ya estaba destinado a la ruina. Tampoco se rindió al *comodismo*, consciente de que la serpiente escupirá veneno hasta el postre capítulo de la historia, cuando finalmente será arrojada al «lago de fuego y azufre» (Ap 20, 10).

Teniendo en mente este magno combate, el Dr. Plinio escribió, mucho más que un ensayo, su propia epopeya contrarrevolucionaria. En primer lugar, lo hizo personificando el arduo y sublime carácter moral de su doctrina y, por tanto, registrando en el «libro de la vida» el libro de su vida, con la marca específica de la lucha que la Providencia le llevó a librar a lo largo de todo el siglo xx. Pero concluyó esta composición sobre todo trasladando *Revolución y Contra-Revolución* (RCR) al alma de numerosos discípulos, es decir, plasmando en personas, acciones e instituciones el ingente don de sabiduría con el que había sido obsequiado por la divina Sabiduría. Ahora bien, muchos hombres escriben libros; pocos, no obstante, dejan un legado, una escuela de vida y pensamiento. RCR constituyó el fundamento de la acción del Dr. Plinio; sus hijos, las piedras vivas de ese edificio. RCR fue su obra maestra; sus seguidores, eminentemente Mons. João Scognamiglio Clá Dias, sus «obras maestras». ♦

¹ Aunque la ortografía del sustantivo «contrarrevolución» no lleve guion, se ha optado por emplear la escritura tomada del título de la obra *Revolución y Contra-Revolución*.

² RCR, P. I, c. 7, 1, A. Las referencias de las citas del ensayo del Dr. Plinio mencionadas en los artículos de este número de nuestra revista se harán mediante la sigla RCR —muy utilizada por el au-

tor para referirse a su obra maestra— seguida de la indicación de la parte, capítulo y demás elementos de la estructura interna del libro.

³ Cf. Ídem, c. 3.



Reproducción

El Dr. Plinio y Mons. João Scognamiglio Clá Dias a mediados de la década de 1960

Muchos hombres escriben libros, pero pocos dejan una escuela de vida y pensamiento. RCR constituyó el fundamento de la acción del Dr. Plinio; sus hijos, las piedras vivas de ese edificio



Un proceso de negación de Dios

Dios proveerá, a su tiempo y por caminos misteriosos, la victoria final. El antiguo príncipe de este mundo ya no podrá dominar como antes; los intentos de Satanás causarán ciertamente muchos males, sin embargo, no lograrán el éxito definitivo.

CUANDO LA FILOSOFÍA DEL EVANGELIO GOBERNABA LOS ESTADOS

Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. En aquella época la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad. La religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente en el grado de honor que le corresponde y florecía en todas partes gracias a la adhesión benévola de los gobernantes y a la tutela legítima de los magistrados. El sacerdocio y el imperio vivían unidos en mutua concordia y amistoso consorcio de voluntades. Organizado de este

modo, el Estado produjo bienes superiores a toda esperanza. Todavía subsiste la memoria de estos beneficios y quedará vigente en innumerables monumentos históricos que ninguna corruptora habilidad de los adversarios podrá desvirtuar u oscurecer.

Fragamento de: LEÓN XIII.
Immortale Dei, 1/11/1885.

SURGE UN MISTERIOSO ENEMIGO DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

Se encuentra en todas partes y en medio de todos; sabe ser violento y astuto. En estos últimos siglos ha intentado provocar la desintegración intelectual, moral y social de la unidad

en el organismo misterioso de Cristo. Ha querido la naturaleza sin la gracia, la razón sin la fe, la libertad sin la autoridad, a veces la autoridad sin la libertad. Es un «enemigo» que se ha vuelto cada vez más concreto, con una falta de escrúpulos que aún nos deja atónitos: Cristo sí, Iglesia no. Luego: Dios sí, Cristo no. Finalmente, el grito impío: Dios ha muerto; o incluso: Dios nunca existió. Y he aquí el intento de edificar la estructura del mundo sobre cimientos que Nos no dudamos en señalar como principales responsables de la amenaza que se cierne sobre la humanidad: una economía sin Dios, un derecho sin Dios, una política sin Dios.

Fragamento de: PÍO XII.
Discurso, 12/10/1952

DEL PROTESTANTISMO A LA REVOLUCIÓN FRANCESA

El pernicioso y deplorable afán de novedades promovido en el siglo xvi, después de turbar primeramente a la religión cristiana, vino a trastornar como consecuencia obligada la filosofía, y de ésta pasó a alterar todos los órdenes de la sociedad civil. A esta fuente hay que remontar el origen de los principios modernos de una libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del siglo pasado y propuestos como base y fundamento de un «dere-

João Clá Dias



La civilización cristiana produjo frutos superiores a toda esperanza, cuya memoria, ninguna corrupta habilidad de los adversarios podrá oscurecer

El Dr. Plinio frente al castillo de Chambord (Francia), en 1988

cho nuevo», desconocido hasta entonces y contrario en muchas de sus tesis no solamente al derecho cristiano, sino incluso también al derecho natural.

Fragmento de: LEÓN XIII.
Immortale Dei, 1/11/1885.

DE LA REVOLUCIÓN BURGUESA A LA PROLETARIA

Después de la revolución burguesa de 1789 había llegado la hora de una nueva revolución, la proletaria: el progreso no podía avanzar simplemente de modo lineal a pequeños pasos. Hacía falta el salto revolucionario. Karl Marx recogió esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el «reino de Dios». [...]

Con precisión puntual, aunque de modo unilateral y parcial, Marx ha descrito la situación de su tiempo y ha ilustrado con gran capacidad analítica los caminos hacia la revolución, y no sólo teóricamente: con el partido comunista, nacido del manifiesto de 1848, dio inicio también concretamente a la revolución. Su promesa, gracias a la agudeza de sus análisis y a la clara indicación de los instrumentos para el cambio radical, fascinó y fascina todavía hoy de nuevo. Después, la revolución se implantó también, de manera más radical en Rusia. Pero con su victoria se puso de manifiesto también el error fundamental de Marx.

Fragmentos de: BENEDICTO XVI.
Spe salvi, 30/11/2007.

DEL COMUNISMO AL LIBERTINAJE: «NO» A DIOS, «NO» A LA MORAL, «NO» A LAS LEYES

En algunas corrientes del pensamiento moderno se ha llegado a

exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores. En esta dirección se orientan las doctrinas que desconocen el sentido de lo trascendente o las que son explícitamente ateas.

Se han atribuido a la conciencia individual las prerrogativas de una instancia suprema del juicio moral, que decide categórica e infaliblemente sobre el bien y el mal. Al presupuesto de que se debe seguir la propia conciencia se ha añadido indebidamente la afirmación de que el juicio moral es verdadero por el hecho mismo de que proviene de la conciencia. Pero, de este modo, ha desaparecido la necesaria exigencia de verdad en aras de un criterio de sinceridad, de autenticidad, de «acuerdo con uno mismo», de tal forma que se ha llegado a una concepción radicalmente subjetivista del juicio moral.

Fragmento de:
SAN JUAN PABLO II.
Veritatis splendor, 6/8/1993.

AL FINAL DEL PROCESO, EL TRIUNFO DE LA VIRGEN Y DE LA IGLESIA

Esta persecución, [la Iglesia] la conoce, por haberla sufrido en todos los tiempos y bajo todos los cielos. Muchos siglos por los que atravesó bañada en sangre le otorgan, pues, el derecho de afirmar con santa altivez que no la teme y que, cuantas veces sea necesario, sabrá afrontarla.

Fragmento de: SAN PÍO X.
Une fois encore, 6/1/1907.

No quisiéramos que el cuadro de la dolorosa situación presente sacudiera en el ánimo de los fieles la plena confianza en el auxilio divino, el cual proveerá a su tiempo y por caminos misteriosos la victoria



Francisco Lecaros

Mientras numerosas fuerzas conspiran contra la Iglesia, ésta extiende su acción en el mundo, pues el demonio ha sido expulsado por Cristo

La Virgen y el Niño Jesús aplastan al demonio -
Catedral de San Pedro, Vannes (Francia)

final. [...] Mientras numerosas fuerzas conspiran contra la Iglesia y se la priva de toda ayuda y apoyo humanos, he aquí que se levanta majestuosa sobre el mundo y extiende su acción entre los pueblos más dispares bajo todos los ambientes. No, el antiguo príncipe de este mundo ya no podrá dominar como antes, después de haber sido expulsado de él por Jesucristo; los intentos de Satanás causarán ciertamente muchos males, sin embargo, no lograrán el éxito definitivo.

Fragmentos de: LEÓN XIII.
Parvenu, 19/3/1902.

El Apóstol arquetípico

Figura de envergadura impar, lo único que se puede decir de él con certeza es que fue grande en todo. Su conversión es un signo de esperanza para los tiempos actuales.



℟ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – GRANDE EN TODO

La figura de San Pablo es difícil de ser medida con precisión, debido a la enorme envergadura de su personalidad, de su fe y de su heroísmo. Definirlo como grande en todo parece ser la fórmula acertada.

Si hablamos de conversión, ¿habrá alguna más paradigmática que la suya? Fulminante y eficaz, el cambio obrado por Dios en el alma de aquel obstinado fariseo fue colosal: el acérrimo perseguidor de los cristianos se volvió el más valiente de los predicadores, dispuesto a afrontar cualquier dificultad a fin de divulgar la Buena Noticia. La Santa Iglesia celebra esta conversión arquetípica en su liturgia —hecho único y extraordinario en el santoral— para darnos una idea del singular quilate del Apóstol. Tratemos de evocar algunos de sus rasgos fundamentales.

Crucificado con Cristo

San Pablo sobresale por su visión nítida, profunda y altísima del misterio de Cristo. No duda en llamarlo «gran Dios y Salvador» (Tit 2, 13), y confía sin límites en su imperio cuando afirma: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4, 13). De esta fe inquebrantable en su Señor dio muestras al soportar toda suerte de persecuciones, padecimientos y desgracias: «De los judíos he recibido cinco veces los cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido azotado con varas, una vez he sido lapidado, tres veces he naufragado y pasé una noche y un día en alta mar. Cuántos viajes a pie, con peligros de ríos, peligros de bandoleros, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros

en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos, trabajo y agobio, sin dormir muchas veces, con hambre y sed, a menudo sin comer, con frío y sin ropa» (2 Cor 11, 24-27). ¿Quién podría aducir tales credenciales de su entrega ante el Señor todopoderoso?

Consumido de amor, afirma haber sido crucificado con Cristo, de modo que no es él quien vive, sino Jesús en él (cf. Gál 2, 20). Esta unión íntima le lleva a preferir al Señor sobre todas las cosas, estimándolas como basura si se las compara con su gloria (cf. Flp 3, 8). En consecuencia, para San Pablo la vida es Cristo y morir, una ganancia (cf. Flp 1, 21), pues su único deseo consiste en estar con Él: «Estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día» (2 Tim 4, 6-8).

Apóstol por excelencia

Llamado Apóstol de los gentiles, Dios hizo de él su instrumento para abrir las puertas de la fe a los paganos, confiriéndole así a la Iglesia el verdadero carácter de universalidad. San Pablo fue un incansable evangelizador, que recorrió miles de kilómetros anunciando la Buena Noticia con ardor inextinguible, como él mismo exhorta a su discípulo e hijo espiritual Timoteo: «Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús [...]: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina» (2 Tim 4, 12). Por este motivo vemos en

La figura de San Pablo es difícil de ser medida con precisión, debido a la magnitud de su personalidad, su fe y su heroísmo



sus imágenes una espada pulida y afilada, porque para él «la palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos» (Heb 4, 12).

San Pablo se revela, de manera incontestable, como la venganza de Dios contra las argucias y los artificios de los hijos de las tinieblas, pues demostró con su vida que el bien, cuando es enteramente fiel, es más sagaz que el mal. En este sentido, obedeció el precepto del Maestro de unir la inocencia de la paloma con la astucia de la serpiente (cf. Mt 16, 16). Basta citar algunos de los abundantes episodios de su existencia que lo prueban: fingió estar muerto para escapar de la ira de los judíos que lo estaban apedreando (cf. Hch 14, 19-20); aprovechó el espacio reservado al Dios desconocido para anunciar a Cristo en el Areópago de Atenas (cf. Hch 17, 23); dividió al sanedrín que quería condenarlo, argumentando que era fariseo y que creía en la resurrección de los muertos (cf. Hch 23, 6).

EVANGELIO

En aquel tiempo, Jesús se apareció a los once¹⁵ y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.¹⁶ El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado.¹⁷ A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas,¹⁸ cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos». (Mc 16, 15-18).

San Pablo, de Filippo di Memmo -
Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Maestro de la doctrina y de la vida espiritual

La combatividad de San Pablo es otra virtud que destacar. Además de emplear frecuentemente metáforas militares para ilustrar su catequesis, el Apóstol no dudó en utilizar la espada de la verdad en situaciones muy delicadas, a fin de defender a la Iglesia. Como nos cuenta en su epístola a los gálatas, reprendió a San Pedro por haber puesto en riesgo la fe al adoptar una actitud ambigua, que favorecía a los judaizantes (cf. Gál 2, 11-14). Su fortaleza, propia de un soldado de Jesús (cf. 2 Tim 2, 3), era tal que lo hacía capaz de superar con alegría las situaciones más arduas: «Lo mismo que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, abunda también nuestro consuelo gracias a Cristo» (2 Cor 1, 5).

San Pablo, finalmente, es el maestro de vida espiritual por autonomía. En el inolvidable himno de la caridad que nos dejó en su primera epístola a los corintios, auténtico vademécum de santidad, establece el papel central de la virtud de la caridad, dado que constituirá la base de las

El Apóstol de los gentiles no dudó en utilizar la espada de la verdad para defender a la Iglesia, superando con alegría las situaciones más arduas

Pablo se presenta como el esclavo de Jesucristo «escogido para anunciar la Buena Noticia de Dios», es decir, para predicar el nombre del Señor hasta los confines de la tierra

más variadas escuelas de espiritualidad católica desarrolladas a lo largo de los siglos:

«La caridad es paciente, es benigna; la caridad no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecorosa ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará. [...] En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es la caridad» (13, 4-8.13).

II – EL PERFIL PROFÉTICO DEL APÓSTOL

El Evangelio seleccionado para la fiesta de la conversión de San Pablo narra los últimos consejos de Jesús a sus discípulos, registrados por San Marcos después de haber descrito de manera sumaria los hechos ocurridos con motivo de la Resurrección del Señor. Bien se aplica a la celebración de hoy, porque en el Apóstol se realizaron plenamente los mandatos de Jesús.



«San Pablo predicando a los corintios»,
de Jean Colombe - Biblioteca Nacional de Francia, París

Reproducción

El Evangelio es inexorable

En aquel tiempo, Jesús se apareció a los once¹⁵ y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

San Pablo no sólo obedeció, sino que en cierto modo encarnó esta orden del divino Maestro. Se presenta a los romanos como el esclavo de Jesucristo «escogido para anunciar la Buena Noticia de Dios» (1, 2), es decir, para divulgar hasta los confines de la tierra el nombre del Señor.

Para el Apóstol, pregonarlo sintetiza su propia vida: «El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9, 16). Y lo hace sin compromiso con el mundo, sin miedo a la persecución ni a la crítica, exponiéndolo por entero «para suscitar la obediencia de la fe entre todos los gentiles» (Rm 1, 5).

El Evangelio divide

¹⁶ «El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado».

El Evangelio anunciado con la valentía de San Pablo divide: a unos salva de forma espléndida, a otros condena estrepitosamente.

Dirigiéndose también a los romanos enseña que Dios es justo juez, que paga a cada hombre según sus obras. Así pues, concederá «vida eterna a quienes, perseverando en el bien, buscan gloria, honor e incorrupción; ira y cólera a los porfiados que se rebelan contra la verdad y se rinden a la injusticia» (2, 7-8).

El Evangelio se impone

¹⁷ «A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas,¹⁸ cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos».

Bien se puede decir que la vida del gran Apóstol es la más hermosa realización de esta divina profecía.

Ejerció al exorcistado con deslumbrante poder. Estando en Filipos con otros discípulos, les salió al encuentro una muchacha poseída por un demonio, proclamándolos siervos del Dios Altísimo. Como esto se repitió durante días consecutivos, San Pablo ordenó en nombre de Jesucristo que el

espíritu inmundo la abandonara, lo que sucedió en el mismo momento (cf. Hch 16, 16-18).

En esta línea, el espíritu luchador del Apóstol lo llevó a maldecir al mago Elímas, que buscaba evitar la conversión del procónsul Sergio Paulo. Así nos lo narran las Escrituras: «Entonces Saulo, que también se llama Pablo, lleno de Espíritu Santo, se quedó mirándolo y le dijo: «Hombre rebosante de todo tipo de mentira y maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿cuándo vas a dejar de oponerte a los rectos caminos del Señor?»

Ahora, mira, va a caer sobre ti la mano del Señor y vas a quedar ciego, sin ver el sol, durante algún tiempo». Al instante cayó sobre él oscuridad y tinieblas e iba de un sitio para otro buscando quién lo llevase de la mano. Entonces el procónsul, viendo lo sucedido, creyó, impresionado por la doctrina del Señor» (Hch 13, 9-12).

San Pablo también fue inmune a la picadura de una víbora, hecho que llevó a los habitantes de Malta a considerarlo un dios (cf. Hch 28, 3-6). Entre los signos que realizó se encuentran la resurrección de Eutiquio (cf. Hch 20, 9-12) e innumerables curaciones como la del cojo de Listra (cf. Hch 14, 7-10). Los Hechos de los Apóstoles resumen estos prodigios de la siguiente manera: «Dios hacía por medio de Pablo milagros no comunes, hasta el punto de que bastaba aplicar a los enfermos pañuelos o ropa que habían tocado su cuerpo para que se alejasen de ellos las enfermedades y saliesen los espíritus malos» (19, 11-12).

Respecto al don de lenguas, San Pablo afirma: «Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que todos vosotros» (1 Cor 14, 18). Sin embargo, aconseja buscar de preferencia los carismas que edifican a la comunidad, como el de profecía.

III – ARQUETIPO DE CATÓLICO MILITANTE

La conversión y la vida de San Pablo muestran de manera excelente el poder redentor de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Sirva su figura éclatante como signo de esperanza para los tiempos actuales.



Reproducción

La conversión de San Pablo, de Lambert de Hondt el Joven

Para Dios nada es imposible, y si hizo del terrible perseguidor su más destacado apóstol, ¿cómo dudar de que en esta trágica época de apostasía se puedan producir conversiones como la de San Pablo, no sólo de algunas almas, sino de pueblos enteros, que representen el mayor giro de la historia?

Bien lo entrevió el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira en su profético ensayo *Revolución y ContrarRevolución* —objeto de especial homenaje en este número de nuestra revista—, al afirmar: «Cuando los hombres deciden cooperar con la gracia de Dios, las maravillas de la historia son las que se obran de esta manera: es la conversión del Imperio romano, es la formación de la Edad Media, es la reconquista de España a partir de Covadonga, son todos estos acontecimientos que ocurren como fruto de las grandes resurrecciones de alma de las que los pueblos son también susceptibles. Resurrecciones invencibles, porque no hay nada que derrote a un pueblo virtuoso y que verdaderamente ame a Dios».¹ En esta hermosa enumeración cabría incluir la conversión de quien hizo de la cuenca mediterránea un *mare nostrum* de la Iglesia Católica y sentó las bases de la cristología más elevada.

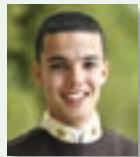
Con la mirada fija en la conversión de San Pablo, aguardamos esta inmensa resurrección espiritual, profetizada en Fátima por la Santísima Virgen, que se realizará a través de gracias eficaces, operantes y abundantes que transformarán a fondo las almas, dando paso al triunfo esperado del Inmaculado Corazón de María. ♦

Dios, que hizo del terrible perseguidor su más destacado apóstol, tiene el poder de obrar en esta trágica época de apostasía otras tantas conversiones, no sólo de almas, sino de pueblos enteros

^¹ RCR, P. II, c. 9, 3.

Como miembros de un solo cuerpo

El análisis retrospectivo de la Edad Media europea, con su admirable orden y dulce armonía entre clases sociales, permite vislumbrar rasgos de la sociedad perfecta, aquella resultante de la realización del Reino de Cristo en la tierra.



✉ Lucas Rezende de Sousa

Para que se pueda entender mejor el proceso que el Dr. Plinio analiza en su magistral ensayo *Revolución y Contra-Revolución*, es imprescindible que echemos una mirada, aunque sea superficialmente, al orden de cosas que la Revolución, en un esfuerzo ya cinco veces secular, pretende destruir: la cristiandad medieval y los vestigios que aún perduran de ella en nuestros días.

¿Cómo surgió la civilización cristiana tras la ruina del Imperio romano y el caos generado en Europa por las sucesivas oleadas de invasiones bárbaras?

Sociedad orgánica, ápice de la armonía social

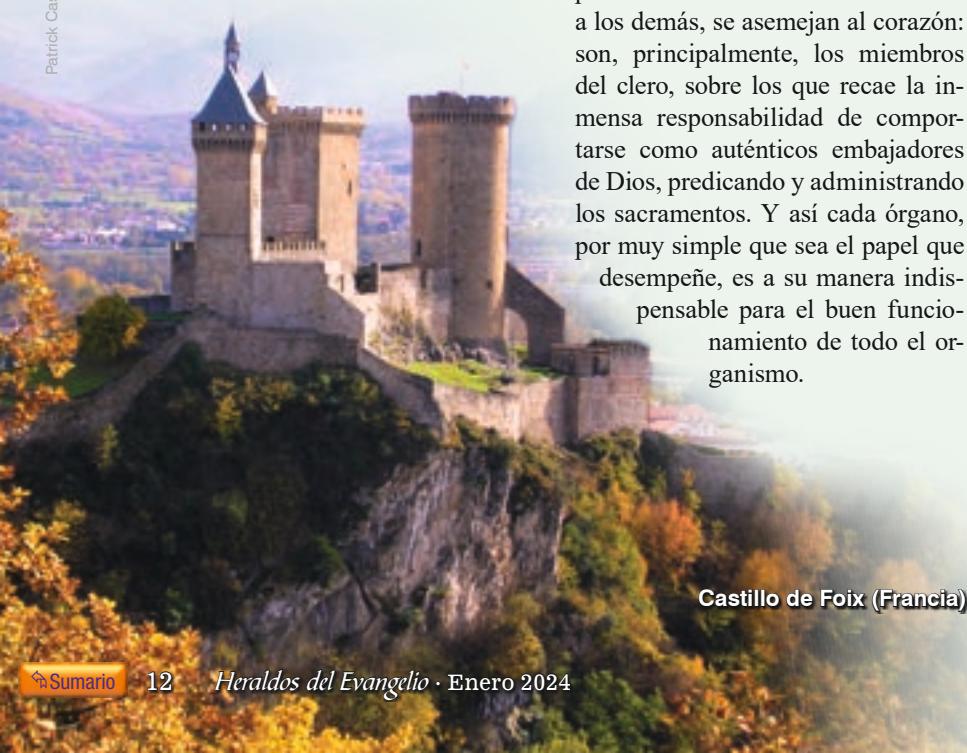
La expresión *sociedad orgánica* evoca la imagen de la armoniosa desigualdad existente en el cuerpo humano, acerca de la cual el Apóstol escribió: «Aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo. [...] Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (1 Cor 12, 20.26).

En efecto, por analogía con el cuerpo, existen en la sociedad humana quienes ejercen la función de cabeza, es decir, de gobierno. Otros, por su misión de irradiar la vitalidad a los demás, se asemejan al corazón: son, principalmente, los miembros del clero, sobre los que recae la inmensa responsabilidad de comportarse como auténticos embajadores de Dios, predicando y administrando los sacramentos. Y así cada órgano, por muy simple que sea el papel que desempeñe, es a su manera indispensable para el buen funcionamiento de todo el organismo.

De este modo, la perfecta armonía de los elementos —ya sea en el cuerpo o en la sociedad— lleva al conjunto a un crecimiento natural, saludable y sin tensiones ni divisiones; un crecimiento orgánico en la plenitud del término.

Es necesario que al reflexionar sobre los elementos que componen la verdadera sociedad orgánica nos refiramos a la época histórica injustamente llamada a menudo como «Edad de las tinieblas». Lejos de hacer honor a este erróneo epíteto, la Edad Media europea se asemeja más a un guion de oro entre la Antigüedad y la Modernidad que a un sombrío hiato, y bien podría denominarse la Edad de la luz. Prueba de ello fue el desarrollo del régimen feudal, en el que relucieron como nunca las armoniosas relaciones entre señores y súbditos, superiores e inferiores en la escala social.

La Edad Media europea se asemeja a un guion de oro entre la Antigüedad y la Modernidad, y bien podría llamarse la Edad de la luz



Castillo de Foix (Francia)

Con el feudalismo nace el orden medieval

A finales del siglo IX, Europa fue arrasada por una nueva oleada de horribles invasiones bárbaras: al oeste, los sarracenos; al norte, los normandos; al este, los húngaros. Por donde pasaban, los invasores sembraban la muerte y el terror: destruían iglesias, saqueaban aldeas, quemaban cultivos. Ante esto, los habitantes de la Europa de entonces se refugiaron «bajo el único refugio que nada puede derribar, pues tiene sus fundamentos en el corazón humano: la familia».¹

Esparcidas por toda Europa —en lugares muchas veces inhóspitos, para evitar las hordas bárbaras—, familias enteras se congregan formando pequeños «estados». Están dirigidos por un jefe natural, una especie de patriarca, que recuerda al antiguo *pater familias* del derecho romano. Poco a poco, en torno a este hombre y a esta familia *princeps*, otras familias de fugitivos comienzan a agruparse, constituyendo pequeñas unidades sociales naturalmente monárquicas y domésticas. Estas micro sociedades, reunidas con el objetivo de defenderse de un enemigo común, se denominan *feudos*. De ahí nacen, cada vez más desarrollados, imponentes castillos y fortalezas, construidos precisamente como refugio contra las invasiones de los bárbaros.

Se verifica, en esta coyuntura, una relación realmente ejemplar entre súbditos y señores. El patriarca, el señor feudal, se preocupa por la defensa y protección de quienes a él se han confiado. Éstos, llamados *vasallos*, están vinculados a su *soberano* por los sentimientos y deberes que un hijo tiene hacia su padre: le debe obediencia, cuida sus tierras y cultivos, y está dispuesto a defenderlos en caso de invasión. Es, por tanto, una permuta natural y admirable: quien rinde obediencia recibe protección.

Con el paso del tiempo, esta interdependencia se extiende a un ámbito



Illuminación que representa el orden de la sociedad medieval - Biblioteca del Arsenal, París

Bajo la benéfica influencia de la Santa Iglesia nació uno de los órdenes sociales más salutables de la historia: el feudalismo

mayor: los feudos más débiles son defendidos por los más poderosos, y éstos por otros más, hasta llegar al dominio del rey o del emperador, creándose una jerarquía de señores feudales. De una manera natural, la sociedad medieval se va construyendo a modo de una pirámide, en la cual el que está en la cúspide, en lugar de oprimir a los inferiores, los ampara.

Se comprende, entonces, que no hay «nada más conforme al orden natural, a la naturaleza humana y a lo sagrado que el feudalismo».²

Un efecto de la preciosísima sangre de Cristo

Cabe hacer aquí un inciso. Es difícil concebir cómo una organización social tan perfecta surgiera simplemente por la fuerza de las circunstancias, de forma espontánea. Analizando la historia, se concluye que la estabilidad de la jerarquía eclesiástica presente en las más diversas esferas, en medio de un caos generalizado, significó un punto de referencia fundamental y, en consecuencia, una fuente de benéfica influencia. Así, gracias a la influencia de la Santa Iglesia, la naciente sociedad medieval pudo resistir tantas fatalidades.

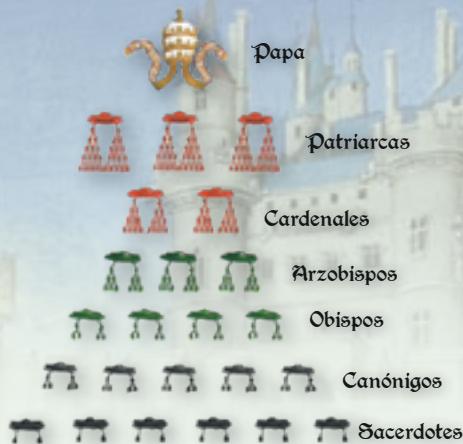
Por cierto, no sólo se salvó de una ruina inminente, sino que dio lugar a algo inaudito: de la suma de tremendos infortunios nació uno de los órdenes sociales más sanos de la historia. Y esto se hace aún más evidente si consideramos no sólo la relación entre señores y vasallos, sino también el respeto que reinaba en todas las demás escalas de la sociedad.

En definitiva, los poderosos efectos de la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo eran los que, bajo el hábito de su Esposa Mística y por el providencial curso de los acontecimientos, configuraron un mundo enteramente nuevo, sobre los restos cada vez más lejanos de la Antigüedad y con el apoyo de las diversas etnias bárbaras, cuyos miembros se iban convirtiendo a la fe católica y comenzando a vivir en la gracia de Dios.

Clero: santificación, educación y salud corporal

Como consecuencia de estas circunstancias, en la Edad Media la sociedad pasó a estar compuesta básicamente por tres clases escalonadas: el clero, la nobleza y el pueblo. Si las dos primeras tenían ciertos privilegios, éstos resultaban de sus funciones más elevadas, arduas y sacrificiales. Nada más natural y justo.

Clero



Nobleza



Pueblo



Reproducción de un esquema utilizado por el Dr. Plinio durante las reuniones sobre «Revolución y Contra-Revolución»

Los representantes del orden espiritual constituyan el primer estamento y eran considerados el fundamento de la civilización, la sal de la tierra y la luz del mundo (cf. Mt 5, 13-14). Los miembros de la jerarquía eclesiástica custodiaban el depósito de la fe y se ocupaban de la curación de las almas mediante la administración de los sacramentos y la formación religiosa de los fieles, especialmente por la predicación.

Junto a los ministros sagrados, las órdenes religiosas desempeñaban un papel fundamental. Aparte de atraer gracias y beneficios divinos a la sociedad, por sus virtudes, oraciones y penitencias continuas, los monjes eran responsables de la instrucción, así como de la conservación y desarrollo de las ciencias humanas. De ahí nacieron las universidades, bastión cultural y científico de la sociedad hodierna.

Además, bajo la responsabilidad de este estamento se hallaba el cuidado de la salud pública y, en particular, la atención a los más necesitados. Los hospitales, de los cuales un número incontable fue fundado por la Iglesia Católica en Europa, especialmente durante los siglos VII y X, eran mantenidos por el clero y por los religiosos con extremado celo.

Nobleza: gobierno y lucha

En la cúspide del campo civil estaba la nobleza, que constituía la segunda clase de la sociedad medieval.

Como los colores de un arcoíris, en la sociedad medieval existía una perfecta transición entre los estamentos de la jerarquía social

Su organización era similar a la del clero. En la cumbre se hallaban los emperadores —entre los que destacaba el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el título más alto de la cristiandad— y los reyes, como jefes de cada estado. Luego les seguían los distintos grados jerárquicos de la nobleza: duques, marqueses, condes, vizcondes, barones.

El cometido de estos eminentes personajes, además de velar por el orden y la infraestructura de sus feudos, era el de luchar en tiempos de guerra. El noble estaba obligado a combatir, debiendo pagar el impuesto de la sangre, muy doloroso en aquella época debido a las precarias condiciones existentes para el tratamiento de las heridas y mutilaciones resultantes de los enfrentamientos, peligro que no afectaba a los plebeyos, generalmente dispensados de la batalla. Por

lo tanto, existían razonables motivos para eximir a los nobles del pago de determinados impuestos.

Pueblo: producción y economía

El tercer estado —es decir, el pueblo— abarcaba varias categorías. Algunos se dedicaban al trabajo intelectual, como profesores, hombres de leyes o comerciantes, a los cuales se le podría agregar el largo cortejo de las demás profesiones liberales. Otros se entregaban al trabajo meramente manual.

Entre estos últimos cabe destacar la existencia en las ciudades de corporaciones de diversos oficios. Eran asociaciones en las que patrones y trabajadores de cada rama se organizaban con suma libertad para ejercer sus respectivas profesiones, creando leyes particulares reconocidas por el poder público. En algunos lugares, el propio gobierno de la ciudad —aunque sujeto, naturalmente, al poder real— era ejercido por la plebe, mediante un sistema participativo de los miembros de distintos gremios, del que podían detallarse numerosas variantes según las peculiaridades regionales, en una variedad que le daba un colorido muy especial a la vida en aquella época, donde los valores de la religión gozaban de mucha más consideración que en nuestros días.

Cuánta libertad —¡verdadera!— en el período histórico en el que los vínculos personales e institucionales de vasallaje constituyan el modo nor-

mal de relación entre las diferentes capas de la sociedad.

Había, en suma, una transición perfecta entre los estamentos de la jerarquía social, como los colores de un arcoíris que se funden unos en otros, pues, contrariamente a lo que se cree, ninguna de las clases estaba totalmente estancada. Sus miembros podían ascender o incluso descender en esta escala, según las circunstancias de la vida y los dones con los que Dios había adornado a cada uno.

La armoniosa relación social en la cristiandad

Algunos ejemplos legados por la historia prueban esta relación armoniosa existente en la variada unidad de la sociedad medieval.

Es conocido el hecho de que cualquier miembro del pueblo tenía una enorme facilidad de acceso a los nobles e incluso al rey, que duró hasta la Revolución francesa en el siglo XVIII, cuando la monarquía fue derrocada y se modificó considerablemente el régimen de la vida social, política y religiosa.

Los nobles solían recibir en audiencia a los plebeyos, para escuchar sus peticiones y atender sus necesidades y, en este sentido, dos monarcas del siglo XIII dejaron un edificante ejemplo de esta convivencia. San Fernando III, rey de Castilla, permitía la entrada en palacio a sus súbditos, para estar al alcance de quienes deseaban hablar con él. Su primo, San Luis IX, rey de Francia, tenía la costumbre de sentarse bajo un enorme roble, en Vincennes, para atender allí al pueblo, oyendo sus peticiones y quejas, juzgando casos y disputas.

Por cierto, conviene recordar que el poder de los monarcas y los nobles no era omnímodo, como comúnmente se piensa, sino que se mantenía dentro de sus justos límites mediante diversos mecanismos de control, los

cuales, más tarde, el absolutismo nacido del Renacimiento abominaría.

Así era la monarquía cristiana, en sus máximos exponentes de paternidad y bondad.

Esta organización estaba impregnada de una seriedad que no se oponía a una sana y equilibrada alegría, un amor al sacrificio basado en la verdadera devoción a la cruz de Cristo, que guiaba el principal de los esfuerzos de la existencia terrena hacia la conquista de la vida eterna.

He aquí, finalmente, el tiempo que el papa León XIII definió como aquel en el que «la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados» y «la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las

leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad».³

Se plantea una cuestión

A la vista de este análisis histórico, ¿se puede poner a la cristiandad medieval de ejemplo para nuestros días?

Surge la pregunta. A fin de cuentas, ¿no será demasiado anacronismo presentar como modelo para el siglo XXI una sociedad organizada de una forma tan distinta a la actual?

La armonía de la Edad Media no era la simple consecuencia de un proceso espontáneo, sino más bien de un orden, natural y orgánico, profundamente basado en las enseñanzas de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, cuyos miembros vivían —de manera mucho más generalizada y frecuente que hoy— en la gracia de Dios. Era «la disposición de los hombres y de las cosas según la doctrina de la Iglesia, Maestra de la Revelación y de la ley natural. Esta disposición es el orden por excelencia»,⁴ en palabras del Dr. Plinio. Ahora bien, la fidelidad a la Iglesia nunca significará anacronismo. Sólo cuando se fundamente en ella podrá la sociedad desarrollarse orgánicamente, engendrar los frutos más excelentes y avanzar hacia la constitución del Reino de Cristo en la tierra.

Se comprende, entonces, que ese bellísimo edificio empiece a ser, ya en el siglo XIV, implacablemente corroido desde sus cimientos por un misterioso proceso... Eso es lo que veremos en las páginas siguientes. ♦



San Luis IX recibe a sus súbditos - Iglesia de la Natividad de la Santísima Virgen, Coyolles (Francia)

Los ejemplos de la historia demuestran que la relación entre los miembros de las diferentes clases era todo hecha de armonía

¹ FUNCK-BRENTANO, Frantz. *Le Moyen Âge*. 3.^a ed. Paris: Hachette, 1923, p. 4.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 10/6/1966.

³ LEÓN XIII. *Immortale Dei*, n.^o 28.

⁴ RCR, P. II, c. 7, 1, E.

El delirio de un cristianismo sin Iglesia

Habiendo apartado la vista de la eternidad, el hombre del ocaso de la Edad Media no tardará en abrazar una nueva mentalidad, de la que pronto eclosionaría una verdadera rebelión contra la autoridad divina de la Esposa Mística de Cristo. Comenzaba el proceso revolucionario.

✉ José Antonio Blanco Soto



Es innegable que nuestra época se ha hundido en profundidades incalculables de maldad. La humanidad se escandaliza con las atrocidades que ella misma genera en su seno, pero carece de fuerzas para contener su caída, pues esas mismas perversidades encierran la fuerza motriz que la conduce al abismo.

A veces, ¡desearíamos poder elegir otro mundo para vivir! Y esta posibilidad, por más que constituya un devaneo para el hombre de hoy, le fue dada al de ayer. Sí, muchos de nuestros antepasados podrían haber «elegido otro mundo» si hubieran combatido el proceso que, cual enfermedad silenciosa de larga duración, comenzó a gangrenar miembros y capilaridades hasta llegar a los órganos vitales de la sociedad occidental.

El ocaso de la Edad Media

El primer síntoma patente del proceso revolucionario, que desembocará en lo que el Dr. Plinio denominó Primera Revolución, comienza con la decadencia de la Edad Media. A los luminosos tiempos en los que abun-

daban los santos no sólo en monasterios y catedrales, sino también en las cortes, época de inocencia, fuerza y virtud, les siguen otros muy diferentes. En los siglos XIV y XV, el esplendor de la santidad da paso a la veleidad de las costumbres, el amor a la cruz y al sacrificio se diluyó, la caballería, «antaño una de las más altas expresiones de la austeridad cristiana, se vuelve amorosa y sentimental».¹

El deterioro producido por ese estado de ánimo pronto se manifiesta en diferentes ámbitos. En el campo intelectual, la búsqueda sincera de la verdad, característica de los académicos medievales, es sustituida «por disputas ostentosas y vacías, por argucias inconsistentes, por exhibiciones fatuas de erudición»² propias de decrepitas escuelas filosóficas paganas, siempre aduladoras del orgullo humano. En la esfera política, el enaltecimiento del absolutismo, rescatado del polvo del derecho romano, encuentra ávida aceptación en la desmedida ambición de príncipes sin escrúpulos, tan distantes ya de los reyes santos que habían poblado la Europa cristiana en siglos anteriores. Nacen

el Humanismo y el Renacimiento que, muy especialmente en el terreno de las artes, traen una «admiración exagerada, y a menudo delirante, por el mundo antiguo», tendiente a «relegar a la Iglesia, lo sobrenatural, los valores morales de la religión a un segundo plano».³

Llevada a cabo tanto en ciudades como en palacios, esta transformación no tardó en afectar, a su manera, a la jerarquía eclesiástica. Aunque a los espíritus en muchos casos no se le exigiera, ya desde el inicio, una apostasía formal, el germen de una explosión religiosa de incalculables consecuencias había sido creado.

Los antecedentes

Grande era el esplendor de las ceremonias litúrgicas y aparatoso el fausto que rodeaba al romano pontífice. Los príncipes de la Iglesia se esforzaban por enriquecer la Ciudad Eterna como nunca, pero no mostraban reservas ante las nuevas escuelas artísticas que tanto divergían de la templanza y de la pureza católicas. Esta falta de vigilancia dio lugar a abusos de todo tipo, provenientes con

demasiada frecuencia del alto clero e incluso del Palacio Apostólico.

El caso de las indulgencias se hizo famoso. Estos privilegios espirituales, concedidos santamente por la Iglesia a penitentes y bienhechores, se convirtieron en motivo de escándalo en manos de ciertos clérigos, que los convirtieron, en la práctica, en fuente de lucro y provocaron la confusión entre la limosna y el desvergonzado comercio espiritual.

Sin embargo, dicha cuestión no fue más que el detonante de un polvorín. Era urgente una reforma eclesiástica. En el Concilio de Constanza, celebrado en 1314, un teólogo afirmaba: «Cuán conveniente y oportuna sea, cuán útil y necesaria, la reforma de la Iglesia militante es cosa notoria al mundo, notoria al clero, notoria, en fin, a todo el pueblo cristiano. La pide a gritos el Cielo, la reclaman los elementos».⁴

Lejos de atribuirles primordialmente a los Papas la causa de la pseudorreforma protestante, es necesario señalar que la Iglesia sufrió un enorme des prestigio debido a la mala conducta —a veces abiertamente escandalosa e inmoral— de muchos de sus miembros, explotada a gran escala por aquellos que se conjuraron para atacar a la Esposa Mística de Cristo, y crucial para el advenimiento del luteranismo.

Los «pre-protestantes»

Como indicaba el Dr. Plinio, en el declive de la Edad Media «el orgullo dio origen al espíritu de duda, al libre examen, a la interpretación naturalista de las Escrituras. Produjo la insurrección contra la autoridad eclesiástica».⁵ De hecho, no faltó quien, en esta época de crisis, quisiera presentar falsas soluciones.

En la mayoría de los casos, los pre-reformadores fundaban su teología en un biblicismo exagerado; en su opinión, más puro y fiel. Así, la *sola scriptura* prescindía de la autoridad del sacerdote magisterio, el cual consideraban incierto y arbitrario. De ahí nacieron

todo suerte de desviaciones: todo lo que predicaba la Iglesia, incluso las enseñanzas de los Padres y de los Concilios, resultaba despreciable; la libertad era un engaño pueril, ya que unos estaban predestinados a la bienaventuranza y otros a la condenación; la doctrina de la transustanciación constituía la mayor herejía proclamada hasta entonces; el poder de las llaves no había sido comunicado a Pedro, sino por igual a todos los Apóstoles; las Escrituras eran la única ley, la fe la única justificación.

Con la infiltración de elementos decadentes en la jerarquía eclesiástica y la coordinación de los rebeldes, todo estaba preparado para que apareciera la primera erupción externa de lepra en el cuerpo de la cristianidad: Martín Lutero.

El primogénito de la Revolución

Juan Lutero y Margarita Ziegler —católicos fervorosos— ciertamente no osaron imaginar el futuro del



La virtud se marchitó y el amor a la cruz se diluyó; la decadencia de la sociedad medieval no tardaría en alcanzar a la jerarquía eclesiástica

Juglar - Palacio de la Diputación, Soria (España). En la página anterior, Lutero en la Dieta de Worms, de Anton von Werner - Galería Estatal de Stuttgart (Alemania)

niño que tenían en brazos por primera vez aquel 11 de noviembre de 1483, fiesta de San Martín, que dio nombre a su pequeño hijo.

En sus primeros años, Martín era un chico tímido y desconfiado. Algunos estudiosos, sin verificación contrastada, dicen incluso que padecía problemas psiquiátricos.⁶ El caso es que solamente unos meses antes de cumplir los 22 años, en 1505, se convertiría, de hecho, en el monje rebelde que manchó la historia. El 2 de julio, cuando un fuerte trueno hizo temblar el camino a Erfurt, Martín yacía en el suelo, temiendo morir por el estruendo que lo había derribado, y exclamó: «¡Auxílame, Santa Ana, y seré fraile!». Se consumaba así su supuesto llamamiento a la vida religiosa.

Algunos historiadores, para explicar el ingreso de Lutero en religión, narran una versión según la cual el joven habría entrado en el monasterio para escapar de la justicia, pues acababa de asesinar a un compañero de estudios. Ya sea por miedo a la muerte o por temor a la prisión, Lutero se convirtió en fraile agustino.

Una vez enclaustrado, Martín era atormentado por escrúpulos, alucinaciones y nerviosismos enfermizos. En su primera misa, tuvieron que sujetarlo para que no huyera del altar a medida que se acercaba el momento de la consagración, ya que murmuraba casi en voz alta: «¡Tengo miedo, tengo miedo!». En otra ocasión, casi cae por tierra al sentir pavor de estar en presencia de Dios en una procesión de Corpus Christi. También tuvo la extraña sensación de verse fulminado ante la simple mirada a un crucifijo de pared.

Ese fraile fue quien el 31 de octubre de 1517, después de un largo proceso de decadencia, fijó sus noventa y cinco tesis en las puertas de la capilla de Wittenberg, impugnando el «tráfico» de indulgencias y la autoridad pontificia, y exponiendo la nueva doctrina luterana: era el estallido de la revuelta.

Duelo a muerte con Roma

Las obstinadas teorías de Lutero sobre la predestinación y los ataques al Papa encontraron un rápido eco entre el pueblo alemán. Su doctrina de la *sola fides*, según la cual sólo la fe justifica, seguida de la negación del libre albedrío y del valor de las buenas obras, alcanzaba tales proporciones que alarmaeron a Roma. En vano el Papa amonestó al fraile agustino a través de legados pontificios, pues Martín estaba convencido de que la corte romana estaba gobernada por el mismísimo anticristo.

Así, en 1520 el papa León X excomulgó al fraile hereje y condenó sus tesis, mediante la bula *Exsurge Domine*. Como era de esperarse, la opinión del obstinado no cambió en absoluto; al contrario, después de un sermón blasfemo sobre la misa, escribió su carta abierta *A la nobleza cristiana de la nación alemana* en la que convocaba a los príncipes germánicos a rebelarse contra el Santo Padre con particular violencia: «Con razón ahorcamos a los ladrones y cortamos la cabeza a los bandidos; entonces, ¿por qué dejar en libertad al peor ladrón y bandido que jamás haya aparecido en la tierra o que jamás aparecerá? [...] ¡Oh, Papa! ¡Que tu trono caiga por fin en el abismo!».⁷

Con este libelo, el pseudorreformador, además de pedirle su apoyo a la

aristocracia, pretendía abolir el celibato sacerdotal y proponía el nombramiento de un pontífice nacional desvinculado de la obediencia al pontífice romano. Hubo una enorme acogida de los ideales luteranos entre el pueblo, que, como colofón del desafío, acudía en masa para ver cómo se quemaban en plaza pública la bula papal y los libros de derecho pontificio, y entre la nobleza, que encontró en las ideas del rebelde fraile una forma de saciar su sed de poder.

Como esta revolución amenazaba seriamente la paz en sus estados, el emperador católico Carlos V tomó medidas contra Lutero, quien tuvo que refugiarse en la torre del castillo de un amigo noble, donde ni siquiera la soledad detuvo sus blasfemias contra la Iglesia.

Puesto que los dos resortes de la Revolución—orgullo y sensualidad—son inseparables, comenzaba entonces otra etapa en la vida del primer protestante, que pronto abandonaría el hábito y daría muestras de ser un verdadero impío, acompañando su abyepta doctrina con una conducta moral depravada. Él mismo confesó que frecuentaba ambientes pésimos y que había tenido tres mujeres antes de su matrimonio, consumado en 1525 con Catalina de Bora, exmonja cisterciense, una de las muchas que sus errores arrancaron de los conventos en suelo alemán.

La decadencia del caudillo seguía a la de sus adeptos, que crecían tanto en maldad como en número. No pasaría mucho tiempo para que la gangrena que pudría Alemania infectara inexorablemente las naciones católicas circunvecinas.

La expansión

Las nuevas doctrinas cruzaron las fronteras alemanas y entraron en territorio francés, donde gradualmente la resistencia contra el luteranismo se fue enfriando.

Consecuencias aún más graves sufrió Suiza, donde la pseudorreforma enseguida obtuvo hegemonía. Como la fe católica había sido desterrada oficialmente, Ginebra se convirtió en la «Roma» del protestantismo. Al mando se hallaba Juan Calvino, un abogado disfrazado de teólogo, quien instauró allí una auténtica tiranía religiosa. Se prohibieron las fiestas, el lujo y las ceremonias. La vida tendría que permanecer triste y austera, las opiniones de los ciudadanos eran vigiladas, el consistorio de Calvino estaba al tanto de todas las actividades de la ciudad y los hombres eran castigados por cualquier infracción con penas religiosas. Era su «Roma», es cierto, pero también su «Moscú»... La dictadura calvinista iba cobrando fuerza, y no



Fotos: Reproducción

El orgullo dio origen al espíritu de duda, al libre examen, a la insurrección contra la autoridad eclesiástica. No tardaría mucho para que la gangrena que estaba pudriendo a Alemania infectara las naciones católicas circunvecinas

A la izquierda, Lutero en 1529; en el centro, Juan Calvino - Museo del Convento de Santa Catalina, Utrecht (Países Bajos); a la derecha, Enrique VIII - Galería de Arte Walker, Liverpool (Inglaterra). De fondo, «La gran ola» - Museo Estatal Ruso, San Petersburgo (Rusia)

tardó mucho para que Francia zozobrara ante la nueva herejía.

Inglaterra, por su parte, sucumbió al anglicanismo. El Papa había advertido al rey sobre la ilicitud de su divorcio, pero para Enrique VIII el placer del adulterio valía el cisma de todo un país. Su *Acta de Supremacía*, con la que usurpaba la jefatura de la Iglesia en la isla, arrastró al reino a la enemistad con Roma, al obligar a todos sus súbditos a jurarle fidelidad, obedecer los decretos del Parlamento y rechazar el primado pontificio. Como no podía faltar, se encendió una cruelísima persecución contra los católicos, pues el anglicanismo sólo pudo imponerse a precio de sangre. Aún hoy, la Iglesia Católica celebra, el 22 de junio, el martirio de John Fisher, obispo de Rochester, y de Tomás Moro, presidente del consejo real, que fueron decapitados por mantenerse fieles al romano pontífice.

En el continente, el protestantismo, en sus diversas metamorfosis, seguiría extendiéndose, provocando escándalos, muertes y terribles conflictos armados. En efecto, no había sitio para dos religiones en una misma Europa.

Sin embargo, en poco tiempo, el catolicismo no contaría únicamente con el ejército que lo defendía en el campo de batalla. Dios había suscitado una compañía, los soldados de élite del Papa contra el protestantismo.

La Compañía de Jesús y la Contrarreforma

Era la madrugada del 18 de febrero de 1546. El cuerpo del «reformador» yacía en su lúgubre lecho de muerte, pálido, frío, repulsivo, mientras su alma se presentaba ante el juicio de Dios. Lutero comparecía en el divino Tribunal cargando con la responsabilidad del alejamiento de millones de almas de la única religión verdadera.

A partir de entonces, su herético legado buscaría concretar la frase que él mismo había acuñado para su tumba: «En vida fui para ti la pes-

te; muerto, seré tu muerte, ¡oh Papa!». Sin embargo, un gran obstáculo se interpondría en su camino. Como enseña el Dr. Plinio, «después de cada prueba, la Iglesia emerge particularmente armada contra el mal que trató de postrarla. Un ejemplo típico de esto es la Contrarreforma».⁸

Con la bula *Regimini militantes Ecclesiae* de 1538, por tanto, anterior a la muerte del heresiarca, el Santo Padre aprobaba la orden fundada por San Ignacio de Loyola, la Compañía de Jesús. La nueva congregación tendría la misión de extirpar la revuelta luterana y reafirmar la sagrada autoridad del papado, mediante una obediencia perfecta al Vicario de Cristo. «Si la Revolución es desorden, la Contra-Revolución es la restauración del orden».⁹

De la lucha contra el protestantismo florecería también el tesoro cristalino de verdades que, en 1545, el Concilio de Trento nos dejaría como herencia. Grandes definiciones acerca de los sacramentos y de la autoridad papal se explicitarían en la magna asamblea, en respuesta al protestantismo, y encerraría en un todo sólido y armonioso el hermoso edificio de la doctrina católica. A partir de entonces, al que se desviara del camino dorado de la ortodoxia, le caerían como rayos las sanciones canónicas, tronando sobre él el temible grito: *anathema sit*.

La barca de Pedro superó así una enorme ola gigante, aunque el final de la borrasca estaba lejos de perfilarse. Al divisar un horizonte sombrío y aguas turbulentas, la tripulación de la nave tenía que prepararse para lo peor. De hecho, de la feroz tempestad, aquella sólo fue la primera ola. En su odio contra toda jerarquía, la Primera Revolución la atacó en el orden espiritual, sin duda el bastión más importante. Numerosos fueron los pueblos



La barca de Pedro venció la primera tormenta, pero vendría otra peor: los agentes de la Revolución seguirían arremetiendo contra el verdadero orden

La Barca de la Iglesia - Santuario de la Cueva de San Ignacio, Manresa (España)

en los que el enemigo encontró el depósito de la fe lo suficientemente sólido como para resistir a la apostasía; no obstante, logró que subrepticiamente penetrara en la civilización occidental una mentalidad que estaba a años luz de la que había engendrado las maravillas de la cristiandad medieval.

Los agentes de la Revolución continuaron, incansables, trabajando para arremeter contra el edificio del verdadero orden. ♦

¹ RCR, P. I, c. 3, 5, A.

² Ídem, ibidem.

³ Ídem, B.

⁴ GARCÍA-VILLOSLADA, SJ, Ricardo. *Raíces históricas del luteranismo*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1976, p. 249.

⁵ RCR, P. I, c. 3, 5, B.

⁶ Cf. GARCÍA-VILLOSLADA, SJ, Ricardo. *Martín Lutero*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1976, t. I, p. 265.

⁷ FUNCK-BRENTANO, Frantz. *Luther*. London: Jonathan Cape, 1936, pp. 113; 115.

⁸ RCR, P. II, c. 2, 2.

⁹ Ídem, 1.

No es un episodio, sino una parábola de la historia...

Quizás no fuera la peor de las revoluciones, ni la culminación del proceso que pretende destruir a la Santa Iglesia, pero encierra en sí enseñanzas que iluminan todos los aspectos de la lucha entre el bien y el mal a lo largo de los siglos.

✉ John Sunny Konikkara



No hay una forma mejor de comprender los actos humanos que conocer sus motivaciones, especialmente a la hora de emitir juicios sobre hechos históricos. Por tanto, al abordar un acontecimiento tan paradigmático como la Revolución francesa, indaguemos el verdadero objetivo de sus mentores y organizadores.

La revolución perfecta

La gran revolución iniciada en 1789 en el reino de la hija primogénita de la Iglesia fue la continuación, en un terreno distinto, de la obra principiada por la pseudorreforma protestante, considerada en el artículo anterior. Ésta implantó en la sociedad el espíritu de duda, el liberalismo religioso y el igualitarismo eclesiástico; aquella inauguró el pleno igualitarismo religioso, bajo la etiqueta de laicismo, y el igualitarismo político, difundiendo como tópico fundamental que toda desigualdad es intrínsecamente injusta.

Como bien lo sintetizó el Dr. Plinio, la Revolución francesa «no fue más que la transposición, al ámbito del Estado, de la “reforma” que las sectas

protestantes más radicales adoptaron en materia de organización eclesiástica: rebelión contra el rey, simétrica a la rebelión contra el Papa; rebelión de la plebe contra los nobles, simétrica a la rebelión de la “plebe” eclesiástica, es decir, de los fieles, contra la “aristocracia” de la Iglesia, es decir, el clero; afirmación de la soberanía popular, simétrica al gobierno de determinadas sectas, en mayor o menor medida, por los fieles».¹

Así pues, el proceso teóricamente iniciado con la caída de la Bastilla guarda similitudes tanto con la Primera Revolución, que la precedió, como con la Tercera, que la sucedió. Sin embargo, desde cierto punto de vista fue absolutamente única. Expliquemoslo.

Seguramente usted, querido lector, ya habrá presenciado la formación de una tormenta; pero ¿se ha preguntado alguna vez qué vendría a ser una «tormenta perfecta»? Para un científico consistiría en aquella que mejor se prestara al estudio, por ser, desde el comienzo hasta su conclusión, susceptible de observación y análisis; en definitiva, aquella cuya comprensión arrojara luz sobre todas las demás tormentas.

En este mismo sentido, podemos decir que la Revolución francesa fue la revolución perfecta. Quizá no fuera la más violenta, ni en la que el mal alcanzara su mayor sofisticación de残酷. No obstante, en palabras del Dr. Plinio, se convirtió en «una enorme parábola, que contenía todas las revoluciones, tanto las del pasado como las que habrían de llegar»,² hasta el punto de divisarse en su desarrollo la síntesis de la lucha entre el bien y el mal a lo largo de la historia.

La Revolución francesa de un vistazo

Desde el inicio de la Revolución en 1789 hasta la Restauración en 1815, el poder temporal en tierras galas sufrió varios cambios. Como este tema es ampliamente conocido, lo recorreremos en un rápido vuelo de pájaro.

En una primera fase, Francia se convirtió en una monarquía constitucional, en la que el rey pasaba a ser un jefe casi meramente nominal del país. Hasta ese momento, la relación entre el soberano y el pueblo había estado guiada por tradiciones y costumbres multiseculares, nacidas de una socie-

dad orgánica y bajo la influencia de la Iglesia Católica. A partir de entonces, el monarca tendría que someterse a la recién creada Asamblea Nacional, compuesta por agitadores profesionales y políticos oportunistas. Esa alteración sólo fue posible gracias a una larga preparación de las mentalidades, llevada a cabo con el apoyo y la participación de las élites del Antiguo Régimen —tanto eclesiásticas como aristocráticas— que alimentaban, conscientemente o no, al monstruo que pronto las diezmaría...

Enseguida el rey se volvió prisionero y la nación, una república, bajo el dominio de la burguesía intelectual revolucionaria, los girondinos. Fueron días de confusión y caos en aquella que otrora se había merecido el epíteto de *Douce France*.

Posteriormente, las riendas del poder pasaron a manos de los más radicales de entre los rebeldes: los jacobinos de La Montaña. Comenzó entonces el imperio del Terror con sus carnicerías y torturas, una fase terrible que fue inaugurada con las famosas *masacres de septiembre*, en las que más de la mitad de los prisioneros de París fueron brutalmente asesinados. Este período puso fin a la vida de muchas figuras

célebres como, por ejemplo, la princesa de Lamballe, cuyo cadáver fue sometido a horribles mutilaciones y, según algunos testimonios, su corazón fue devorado por los revolucionarios. ¿Qué crimen había cometido? El de no haber traicionado a su amiga, la reina, en el momento del peligro... Finalmente, también le llegó su turno al rey Luis XVI y, más tarde, a María Antonieta, guillotinados en 1793.

En las provincias, miles de personas inocentes fueron ejecutadas sumariamente con una sofisticación variadísima de残酷, cuyos detalles excederían bastante los límites de este artículo. Joseph Fouché, diputado revolucionario que recibió el apodo de «Ametrallador de Lyon»³ por los asesinatos perpetrados en esa ciudad, diría: «Sí, nos atrevemos a confesarlo, hacemos derramar mucha sangre impura, pero es por humanidad, por deber...»⁴ Sin embargo, el reino del Terror también pasó y sus actores fueron irónicamente conducidos a la misma guillotina que habían utilizado hasta la saciedad contra eclesiásticos, nobles y plebeyos considerados contrarios a sus maléficas intenciones.

Ante una opinión pública conmocionada con tantos horrores, la Revo-

lución empezó a retroceder paulatinamente. ¡Hermoso baile de astucias! Al Terror jacobino le siguió la fase del Directorio, de nuevo burgués. Poco después apareció Napoleón que, pasando del Consulado al usurpador Imperio, tendió incluso la mano a la Iglesia con su Concordato y abrió las puertas del reino a la nobleza exiliada. Finalmente llegamos a la Restauración, donde los legítimos herederos de la corona francesa —en condiciones muy distintas, no obstante, a las anteriores a 1789, pues había surgido un mundo nuevo— volvieron a reinar.

De cara a una sucesión de acontecimientos y fases como ésa, ¿qué aspectos de la Revolución, analizada como un proceso universal, podemos discernir?

La progresividad revolucionaria

El Dr. Plinio⁵ enseña que una de las características de la Revolución es la progresividad: está compuesta por varias fases cronológicas, aparentemente fortuitas, pero que en verdad siguen una lógica rigurosa y conducen a la humanidad, a través de una secuencia de causas y efectos, a una crisis cada vez peor. Este aspecto de ese proceso

Fotos: Reproducción



La Revolución es progresiva: consta de varias fases aparentemente fortuitas, pero que en realidad siguen una lógica rigurosa y conducen, a través de una secuencia de causas y efectos, a una crisis cada vez peor

De izquierda a derecha, distintas fases de la vida de la reina María Antonieta: antes de la Revolución, en 1783; ante el Tribunal revolucionario; y camino a la guillotina, en un dibujo realizado en ese momento por un testigo

revolucionario se vuelve mucho más claro y comprensible cuando se lo observa en el caso concreto de la Revolución francesa.

¿Quién podría prever en el apogeo del Terror, cuando los revolucionarios más radicales parecían omnipoentes, que su dominio duraría tan poco? En realidad, los mentores de la Revolución francesa eran muy conscientes de que un sistema basado casi estrictamente en el uso de la fuerza bruta los separaría de la opinión pública, obligándolos, más temprano que tarde, a retroceder.

La veracidad de esta tesis queda probada por un histórico diálogo entre Danton, ministro de Justicia durante el Terror, y Luis Felipe de Orleans, por entonces oficial del ejército revolucionario y futuro rey de los franceses, aunque de tendencia profundamente afín a la Revolución. El primero expuso con claridad que la República no duraría mucho, pues la nación francesa aún tenía con fuerza al monarquismo, y aseveró que cuando los movimientos terminaran en un aparente fracaso de los revolucionarios, se habría producido un cambio drástico en la mentalidad del pueblo, que entonces podría aceptar una monarquía más liberal.

Y las predicciones continuaron: Luis Felipe debía ser elevado a la realeza, como «rey ciudadano», para auxiliar a la Revolución en la consecución de sus fines últimos. Este «vaticinio» tan preciso se cumpliría, al pie de la letra, treinta y ocho años después...⁶

Por lo tanto, incluso en el apogeo de su dictadura, los líderes revolucionarios eran plenamente conscientes de que aquel estado de cosas no duraría. ¿Por qué aceptaron entonces desempeñar un papel ignominioso, condenado a perecer? Porque veían que, a pesar de su derrota en un momento determinado, la Revolución avanzaría; tal vez no con la celeridad que deseaban, pero sí inexorablemente.

Ante tales evidencias de historicidad indiscutible, ¿todavía es posible creer en aparentes coincidencias en la Revolución? Éstas sólo se sostienen ante el observador superficial, pues cada uno de los cambios o *metamorfosis*, para usar el término empleado por el Dr. Plinio,⁷ obedecían a una lógica rigurosa.

La larva, la mariposa y la Revolución

La metamorfosis es el fenómeno por el cual ciertos animales, en un

período específico de su desarrollo, ven modificada radicalmente su estructura, hasta el punto de volverse casi irreconocibles. Así, para el que no tiene nociones básicas de biología, le puede parecer que la mariposa es un insecto distinto de la larva que permaneció encerrada en el capullo, pero el científico bien sabe que simplemente una *se metamorfoseó* en la otra, continuando siendo el mismo animal. Curiosamente, algo similar ocurre en el terreno sociológico...

Como hemos dicho, la Revolución francesa no se formó a partir de una serie de movimientos sociales esporádicos, sino más bien de una secuencia lógica de acontecimientos, promovidos con miras a un determinado fin. Sin embargo, logró engañar a muchos y disfrazar esta fatídica realidad mediante la táctica de la metamorfosis.

En efecto, cuando la opinión pública ya no toleraba los excesos del Terror y sólo la fuerza bruta de las armas y el derramamiento de ríos de sangre conseguían mantener a los jacobinos en el poder, la Revolución recurrió a una «retirada estratégica». Y tal operación fue exitosa. A los ojos del hombre corriente, cuando el Directorio

Para disfrazar su progresividad, la Revolución utiliza la táctica de la metamorfosis: cuando la opinión pública ya no tolera sus excesos, recurre a una «retirada estratégica» que le permite continuar la obra anterior de manera más discreta

De izquierda a derecha, los distintos rostros adoptados por la Revolución desde la Monarquía Constitucional hasta la Restauración: Luis XVI en la fiesta de la Federación en 1790; líderes girondinos camino al patíbulo; Marat, uno de los mentores del Terror; Paul Barras, presidente del Directorio de 1795 a 1799; Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses; Luis Felipe de Orleans, el «rey ciudadano»

asumió el control del gobierno, parecía que los principales promotores de la Revolución francesa, finalmente, habían sido eliminados. En realidad, los nuevos jefes continuaron la obra anterior de una forma más discreta.

Otro ejemplo característico de metamorfosis revolucionaria lo encontramos en la conducta de Napoleón Bonaparte. Su ascenso al poder, subsiguiente al Directorio y marcado por su posterior autocoronación como monarca de los franceses, apaciguó los ánimos de muchos que no simpatizaban con la República a cualquier precio. De esta situación estratégica se valió el corso para impulsar el avance de la causa revolucionaria.

Su propio título era una afirmación de la soberanía popular sobre el poder divino. De hecho, hasta entonces, los monarcas franceses eran llamados *Reyes de Francia*, título que suponía un encargo recibido de Dios para gobernar a la hija primogénita de la Iglesia. Napoleón, a su vez, se autodenominó *Emperador de los franceses*, sugiriendo una supremacía disociada de la autoridad que venía de lo alto. La voluntad del pueblo ciertamente sustituiría al derecho divino... No sorprende, por tanto, que el día de su proclamación arrancara la corona de las manos del sumo pontífice, llevado a la fuerza a la ceremonia, para colocársela él mismo en su cabeza.



Por otra parte, los ejércitos napoleónicos, cuyos soldados trasladaban por media Europa las ideas revolucionarias en sus macutos, provocaron el derrocamiento de innumerables tronos y tradiciones católicas en el continente, ¡sin contar la muerte de cinco millones de personas en sólo doce años! Cabe mencionar también, entre los crímenes de Bonaparte, los desacatos a dos pontífices romanos, Pío VI y Pío VII. Estos horrores, aliados a la imposición de leyes y costumbres revolucionarias en los lugares que conquistó, demuestran cómo sus acciones no fueron más que una metamorfosis exitosa.

Con el tiempo, sin embargo, estos acontecimientos saturaron igualmente a la opinión pública, y llegaba el momento de poner fin a la Revolución francesa con el regreso de los antiguos reyes de Francia: los Borbones.

Mentiras revolucionarias e inercia de los buenos

Además de haberse valido de las *metamorfosis* para alcanzar el resultado deseado sin riesgo de perder el terreno conquistado, la Revolución caminó de mentira en mentira. Los acontecimientos de los siglos XVIII y XIX en suelo francés sólo fueron posibles gracias a la difusión de calumnias —muchas de las cuales han sido ampliamente refutadas por los historiadores— contra el rey, los nobles, el clero y el antiguo régimen en general, que circularon entre el pueblo en el período previo a la Revolución.

No obstante, esta falsedad revolucionaria conduce necesariamente a una verdad incómoda: si la Revolución mintió fue porque necesitaba engañar a los no revolucionarios. Si éstos fueran intransigentes y desconfiados de sus «buenas intenciones», ella nunca habría obtenido éxito. ¡Qué diferente sería la historia si los buenos se valieran de la sagacidad como debieran!

Lamentablemente, los efectos de la onda expansiva producida por la Revolución francesa no se limitaron a la

extinción sucesiva de las monarquías europeas, acompañada de la «producción en serie de repúblicas para el mundo entero».⁸ Bien sabemos que fue una de las causas remotas pero reales de la Tercera Revolución: el «proto-comunista» François-Noël Babeuf era uno de sus instigadores y la insurrección que pasó a la historia con el nombre de Comuna de París, precursora directa de la Revolución bolchevique en Rusia, fue provocada por los sucesores de los revolucionarios franceses.

Por lo tanto, la Segunda Revolución buscó un fin que en gran medida se fue alcanzado: la implementación del igualitarismo en la política y el laicismo en la sociedad.

La Revolución francesa y los días actuales

Como afirmábamos al comienzo de estas líneas, la Revolución francesa es una auténtica parábola de la historia. Al estudiarla a la luz de las enseñanzas del Dr. Plinio, comprendemos muchos de los principios que rigen la lucha universal entre el bien y el mal.

Aún se pueden aprender otras lecciones, pero le corresponderá al lector, que ahora cuenta con varias de las herramientas necesarias para un estudio serio desde la perspectiva de *Revolución y Contra-Revolución*, profundizar en el análisis de este tema que al mismo tiempo intriga y apasiona. ♦

¹ RCR, P. I, c. 3, 5, C.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 19/5/1979.

³ ZWEIG, Stefan. *José Fouché*. 8.ª ed. Porto: Civilização, 1960, p. 51.

⁴ Ídem, p. 56.

⁵ Cf. RCR, P. I, c. 3, 5.

⁶ Cf. GRUYER, François-Anatole. *La jeunesse du Roi Louis-Philippe*. Paris: Hatchette, 1909, pp. 125-126.

⁷ Cf. RCR, P. I, c. 4.

⁸ Ídem, c. 3, 5, E.

«Rusia esparcirá sus errores por el mundo...»

Habiendo abolido las desigualdades eclesiásticas y aristocráticas, el proceso revolucionario pretendía, en su tercera fase, derribar lo que quedaba en el campo social y económico. Y sus consecuencias todavía se sienten en todo el orbe.

✉ Hna. Juliane Vasconcelos Almeida Campos, EP



Los albores del siglo XIX encuentran a la humanidad aturdida por el hálito mórbido de la Revolución francesa, que la hizo sumirse en el binomio miedo-simpatía: miedo por el terror impuesto por la virulencia de los revolucionarios contra cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino y simpatía por el aliento de libertad, proclamada como principio absoluto «para justificar el libre curso de las peores pasiones y de los errores más funestos».¹

Su brisa mefítica sigue soplando. Ahora, no obstante, bajo las apariencias del buen aire del progreso traído por la Revolución Industrial, precursora de un futuro que acabará con el sufrimiento, en el cual «el hombre habrá superado el mal a través de la ciencia y habrá transformado la tierra en un “cielo” técnicamente delicioso»,² viendo cumplidos las veleidades de su corazón cada vez más alejado de la eternidad.

Bajo la bandera del progreso, avanza la hidra revolucionaria

El ansia por el disfrute de la vida y los placeres, característica del espíritu burgués que impregnaba la sociedad, sobre todo con el ascenso deslumbran-

te de numerosos nuevos ricos y otros tipos de oportunistas, había dañado gravemente la «superficie» de las almas, permitiendo que la Revolución avanzara célebre hasta alcanzar su núcleo. Deslumbradas con el desarrollo tecnológico, embriagadas con las innovaciones mecánicas y la producción industrial que estaban dándole al hombre «posibilidades que otrora deseaba y no podía conseguir, porque eran más o menos propias a un milagro»,³ las masas se engañaban con la utopía forjada bajo la bandera de progreso.

Como observa el Dr. Plinio, no dejó de haber teóricos que sostuvieran que «las utopías son necesarias y el hombre no vive sin ellas, aunque sepa que son utopías; de ahí, por ejemplo, la concepción del Cielo, dicen. La utopía, sin embargo, es engendrada por una tendencia mórbida: puesto que no acepta la verdad religiosa, engendra entonces la idea de que el Cielo es el paraíso de unas tantas tendencias que busca realizar en esta vida. Y el mundo que la Revolución Industrial propuso es una utopía que intentó hacer realidad».⁴

No obstante, la modernidad no quería darse cuenta de que se estaba montado un inmenso escenario para

la nueva ofensiva de la Revolución en su tercer gran acontecimiento: «El orgullo, enemigo de toda superioridad, embestiría contra la última desigualdad, es decir, la de fortunas».⁵ El comunismo estaba siendo urdido como demagógico defensor de la clase obrera, un producto artificial del desarrollo industrial, el cual había arrancado verdaderas multitudes de la preservación de sus orígenes generalmente rurales y las había arrojado a los alrededores de las fábricas de las grandes ciudades.

Para este paso, se fomentaría entre el proletariado el espíritu igualitario y de rebeldía, liberal y ateo, trasladando al campo social y económico las máximas de falsa justicia y libertad propagadas en revoluciones anteriores. De esta manera, la hidra revolucionaria avanzaba, haciendo que sus siniestras cabezas penetraran en todos los ámbitos de la sociedad y engullendo lo que aún quedaba de la civilización cristiana.

Pródigo en la elaboración de metáforas, el Dr. Plinio compara la acción revolucionaria a un incendio que se propaga en un bosque. No son «mil incendios autónomos y paralelos, de mil árboles vecinos unos de otros», explica, sino un hecho único, que

engloba en «una realidad total los mil incendios parciales, por muy diferentes que sean cada uno de ellos en sus accidentes».⁶ Esto fue lo que ocurrió con la eclosión de los episodios pre-comunistas que emergían del mundo post Revolución francesa, en un claro proceso de disgregación moral.

Caldo de cultivo preparatorio

Estos episodios accidentales no constituyan más que el fenómeno de «combustión forestal», que estableció el caldo de cultivo preparatorio para la explosión comunista. Así los describe el Dr. Plinio: «De la Revolución francesa nació el movimiento comunista de Babeuf. Y más tarde, del espíritu cada vez más vivo de la Revolución, surgieron las escuelas del comunismo utópico del siglo XIX y el llamado comunismo científico de Marx».⁷

Como se ha dicho en el artículo anterior, François Noël Babeuf, periodista ateo francés, actuó en la Revolución francesa como jacobino y defendía ideas de igualitarismo radical. Fundó la Conspiración de los Iguales en 1795, cuyo objetivo era mantener los ideales revolucionarios y garantizar la colectivización de tierras y propiedades. Aún no estaban en boga los términos anarquismo o comunismo, pero posteriormente se utilizaron para definir el distintivo de su movimiento, considerado el primer «partido comunista» de la historia y precursor de los levantamientos proletarios que pulularían menos de un siglo después.

Sus ideas inspiraron el llamado socialismo utópico, cuyos pensadores más exponentes fueron Saint-Simon, Charles Fourier y Robert Owen. Friedrich Engels rechazaría esta concepción, pues no apuntaba a la lucha política y rebelde del proletariado. Sin embargo, reconocía su importancia, porque presentaba alternativas comunistas para la sociedad industrial, al criticar la situación de la clase trabajadora y alimentar el mencionado deseo de las utopías.

En efecto, el objetivo de la Revolución era «incendiar el bosque» entero: «Un mundo en cuyo seno las patrias unificadas en una República universal no sean sino denominaciones geográficas, un mundo sin desigualdades sociales ni económicas, dirigido por la ciencia y la tecnología, por la propaganda y la psicología, para alcanzar, sin lo sobrenatural, la felicidad definitiva del hombre: he aquí la utopía hacia la cual la Revolución nos va conduciendo».⁸

El comunismo muestra su rostro

No obstante, el llamado comunismo científico de Karl Marx, con la colaboración del propio Engels, fue el que propuso prácticas concretas de lucha de clases, estableciendo la burguesía —¡antaño la vanguardia revolucionaria!— como la nueva clase opresora de los trabajadores. Por desgracia..., así es como la Revolución premia y devora a sus propios mentores. Ése fue el sentido del *Manifiesto comunista* de 1848, representativo del programa y los propósitos de la Liga de los Comunistas: concienciaba al proletariado de la necesidad de sublevarse contra la propiedad privada de los medios de producción y lo anima-

ba a luchar por una nueva sociedad organización social.

La primera toma del poder obrero de carácter socialista en los tiempos modernos fue la Comuna de París, en 1871, con motivo de la derrota francesa en la guerra franco-prusiana. Ese gobierno proletario y ateo, que duró tan sólo setenta y dos días y fue fuertemente reprimido por Adolphe Thiers, presidente de la república gala, trazó el paradigma para futuras experiencias revolucionarias, como la Revolución rusa de 1917 y la Revolución china de 1949.

Sin embargo, en ese período histórico la influencia de tales ideas afectaría en profundidad únicamente a los teóricos del comunismo, porque, en realidad, «las multitudes ignoran el llamado comunismo científico, y no es la doctrina de Marx la que atrae a las masas», dice el Dr. Plinio.

Al analizar históricamente a la opinión pública, muestra que la Revolución había cambiado de tal modo las mentalidades que incluso quienes se oponían a las ideas comunistas lo hacían con cierta vergüenza, permitiendo su avance. Este estado de espíritu procedía «de la idea, más o menos consciente, de que toda desigualdad es una



Reproducción

«Un mundo en cuyo seno las patrias unificadas en una República universal no sean sino denominaciones geográficas, un mundo sin desigualdades sociales ni económicas, dirigido por la ciencia y la tecnología, por la propaganda y la psicología», he ahí el objetivo de la Revolución

Vladimir Lenin dando un discurso en mayo de 1920

injusticia, y que se debe acabar no sólo con las grandes fortunas sino también con las medianas, porque si no hubiera ricos tampoco habría pobres».⁹ Ése era el ideal revolucionario.

Dos caras: de una moneda y de una medalla

Todo este proceso revela una marcha en dos carriles: por una parte, el avance industrial, que generaba una clase obrera explotada por un capitalismo salvaje y sin escrúpulos con relación a la dignidad humana, opuesto a la enseñanza católica; por otra, los defensores del proletariado oprimido, con la lucha de clases. Eran dos caras de una misma moneda: el avance de la Revolución.

La Iglesia no asistía pasiva e indiferente a estas transformaciones radicales en la sociedad. Celosa por los fieles, su preocupación, llena de caridad cristiana, se dejó sentir en los innumerables documentos que constituyen lo que conocemos como la doctrina social de la Iglesia. Por cierto, no es descabellado señalar que los grandes avances legislativos en materia de verdadera justicia social partieron, no pocas veces, de iniciativas políticas católicas.

De los Papas de la época emanaron enseñanzas también en dos carriles: uno, en defensa de los trabajadores; otro, condenando los errores de las doctrinas comunistas que se presentaban como salida a lo que llamaban, desde entonces, «injusticias sociales», estribillo utilizado por los revolucionarios para captar simpatías incluso de los círculos católicos.

Podemos citar, como ejemplo, las encíclicas *Rerum novarum* y *Quod apostolici munera*, de León XIII, la encíclica *Nostis et nobiscum*, del Beato Pío IX, el motu proprio *Fin dalla prima nostra*, de San Pío X, y la encíclica *Ad beatissimi apostolorum*, de Benedicto XV. Eran las dos caras de una misma medalla: el deseo de salvación de las almas, mediante la protección del bien o la coerción del mal.

«Tales actos pontificios pretendían, por un lado, cohibir la fuga de católicos hacia las filas del comunismo. Pero también la infiltración de comunistas en los círculos católicos, con el pretexto de una colaboración entre unos y otros para resolver ciertos problemas socioeconómicos».¹⁰

Oposición a la doctrina católica

En 1917, poco antes del estallido de la Revolución comunista que derrocó al zarismo en Rusia, la Virgen advirtió en Fátima que esta nación esparrería «sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia».¹¹ De hecho, el bolchevismo ruso marcó un hito y dio más fuerza al movimiento, que conquistó gran parte de las naciones del orbe, precisamente a través de guerras y persecuciones a los católicos.

Estos errores a los que se refería la Madre del Salvador fueron condena-

dos energicamente por el magisterio sagrado: «El comunismo bolchevique y ateo, que pretende derrumbar radicalmente el orden social y socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana [...] es intrínsecamente perverso, y no se puede admitir que colaboren con el comunismo, en terreno alguno, los que quieren salvar de la ruina la civilización cristiana. [...] En las naciones en que el comunismo logre penetrar, tanto mayor será la devastación que en ellas ejercerá el odio del ateísmo comunista»;¹² «El comunismo es materialista y anticristiano; y sus líderes, aunque de palabra digan algunas veces que no combaten la religión, sin embargo, en sus obras, tanto con la doctrina como con la acción, de hecho, se muestran contrarios a Dios, a la religión verdadera y a la Iglesia de Jesucristo».¹³

Sus principios, por sí mismos, violan los mandamientos de la ley de Dios en cuanto a los deberes religiosos, a la constitución de la familia y al derecho a la propiedad privada y, por lo tanto, son contrarios a la doctrina católica, independientemente de una supuesta colaboración con la jerarquía católica en función de las conveniencias de tiempo y lugar, como denunció el Dr. Plinio con tino profético en su comentadísima obra *La libertad de la Iglesia en el Estado comunista*.

Severas son las palabras de los Papas respecto a los comunistas y sus adeptos: «Confían poder utilizar sus fuerzas para atacar cualquier régimen de autoridad superior, para robar, dilapidar e invadir las propiedades, primero de la Iglesia, después de todos los particulares, para violar en fin todos los derechos divinos y humanos, destruir el culto de Dios y abolir todo orden en la sociedad civil. [...] Ahora bien, si los fieles, menospreciando los paternales avisos de sus pastores y los preceptos de la ley cristiana que acabamos de recordar, se dejasen engañar por los jefes de esas modernas



«El comunismo es intrínsecamente perverso. En las naciones en que logre penetrar, tanto mayor será la devastación que en ellas ejercerá el odio del ateísmo comunista»

Milicianos republicanos disparan al monumento del Sagrado Corazón de Jesús durante la guerra civil española - Cerro de los Ángeles, Madrid

maquinaciones, y quisiesen conspirar con ellos en sus perversos sistemas del socialismo y comunismo, sepan y ponderen seriamente, que están acumulando para sí ante el divino Juez tesoros de ira para el día de la venganza; que entre tanto no conseguirán con esa cooperación ninguna utilidad temporal para el pueblo, sino que más bien aumentarán su miseria y padecimientos».¹⁴

Disfrazados de corderos, los lobos comunistas se presentaban a menudo como socialistas cristianos, habiendo sido denunciados intransigentemente: «Aunque los socialistas, abusando del mismo Evangelio para engañar a los incautos, acostumbran a forzarlo según sus intenciones, hay tan grande diferencia entre sus perversas opiniones y la purísima doctrina de Cristo, que no se puede imaginar una mayor».¹⁵ Esto porque «cuantos se glorían en llamarse cristianos, ya se consideren individualmente, ya se miren reunidos en corporación, si tienen presentes sus deberes, lejos de excitar envidias y enemistades entre las diversas clases de la sociedad, están obligados a fomentar entre las mismas la paz y la caridad mutua».¹⁶

En síntesis, «considérese como doctrina, como hecho histórico o como “acción” social, el socialismo, si sigue siendo verdadero socialismo, aun después de haber cedido a la verdad y a la justicia en los puntos indicados, es incompatible con los dogmas de la Iglesia Católica, puesto que concibe la sociedad de una manera sumamente

opuesta a la verdad cristiana. [...] Aun cuando el socialismo, como todos los errores, tiene en sí algo de verdadero (cosa que jamás han negado los sumos pontífices), se funda sobre una doctrina de la sociedad humana propia suya, opuesta al verdadero cristianismo. Socialismo religioso, socialismo cristiano, implican términos contradictorios: nadie puede ser a la vez buen católico y verdadero socialista».¹⁷

Consecuencias nefastas

Nefastas fueron las consecuencias de la enorme transformación que sufrió el mundo civilizado con el comunismo, denominado por el entonces cardenal Ratzinger como «vergüenza de nuestro tiempo»:

«Millones de nuestros contemporáneos aspiran legítimamente a recuperar las libertades fundamentales de las que han sido privados por regímenes totalitarios y ateos que se han apoderado del poder por caminos revolucionarios y violentos, precisamente en nombre de la liberación del pueblo. No se puede ignorar esta vergüenza de nuestro tiempo: pretendiendo aportar la libertad se mantiene a naciones enteras en condiciones de esclavitud indignas del hombre».¹⁸

Con el desmoronamiento de la última de las desigualdades de la sociedad, el comunismo abría paso a una nueva fase de la Revolución, que, más que nunca, tenía prisas por

¹ RCR, P. I, c. 7, 3, B.

² Ídem, c. 11, 3.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 5/1/1986.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 22/8/1986.

⁵ RCR, P. I, c. 3, 5, D.

⁶ Ídem, c. 3, 2.

⁷ Ídem, 5, D.

⁸ Ídem, c. 11, 3.

⁹ Ídem, P. II, c. 11, 1, B.

¹⁰ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Comunismo e anticomunismo na orla da última década deste milenio». In: *Catolicismo*. São Paulo. Año XL. N.º 471 (mar, 1990); p. 12.

¹¹ SOR LUCÍA. *Memorias I*. 13.ª ed. Fátima: Secretariado dos Pastorinhos, 2007, p. 177.

¹² PÍO XI. *Divini Redemptoris*, n.º 3; 60.

¹³ SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO. *Decreto contra el comunismo*: AAS 41 (1949), 334.

¹⁴ BEATO PÍO IX. *Nostis et nobiscum*.

¹⁵ LEÓN XIII. *Quod apostoli ci muneris*.

¹⁶ SAN PÍO X. *Singulari quadam*.

¹⁷ PÍO XI. *Quadragesimo anno*.

¹⁸ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. *Instrucción sobre algunos aspectos de la “teología de la liberación”*, c. XI, n.º 10.

¹⁹ RCR, P. I, c. 3, 5, D.



Como denunció el Dr. Plinio, el comunismo abrió una nueva fase en la Revolución

El Dr. Plinio en una conferencia en Río de Janeiro, en 1961

alcanzar sus objetivos finales, generando un tipo humano diferente al antiguo occidental cristiano, como bien lo describió el Dr. Plinio en su obra maestra:

«Y así, ebrio de sueños de República universal, de supresión de toda autoridad eclesiástica o civil, de abolición de cualquier Iglesia y, tras una dictadura obrera de transición, también del propio Estado, he ahí el neobárbaro del siglo xx, producto más reciente y más extremo del proceso revolucionario».¹⁹ ♦

La más sutil de las revoluciones... y la más eficaz

Los grandes acontecimientos revolucionarios sorprenden al observador superficial al obrar súbitamente cambios drásticos en el tejido social. Ignora que ninguno de esos éxitos sería posible sin una meticulosa preparación.



✉ **Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, EP**

Al contemplar el lento apagado de las luces de la civilización cristiana, en la que paulatinamente sus baluartes fueron atacados y dejados en ruinas, hasta no quedar casi nada de ellos, el alma católica se arrodilla ante tales escombros, otrora rodeados de esplendor y promesa, y su amor parece inquirir de aquellas piedras ya sin brillo: ¿cómo fue posible llegar a tal desolación? Entonces, volviendo la mirada hacia el pasado, busca en el curso de los acontecimientos la respuesta a su perplejidad.

Como protagonista de la Primera Revolución figura Martín Lutero. Pero ¿fue él, de hecho, el primer «protestante»? Ya hemos visto que no. Enfrentamientos similares con la Santa Sede ya se habían producido en siglos anteriores. ¿Por qué entonces el fraile agustino rasgó la cristiandad, llevándose consigo una tercera parte de ella, cuando declaró su ruptura con la Iglesia?

Algo parecido nos preguntamos acerca de la Segunda Revolución. Yace decapitada la hija primogénita de la Iglesia: el rey era la cabeza de la

sociedad y fue cruelmente asesinado y su figura arrancada del alma de sus súbditos. Ahora bien, el desvarío de la nobleza y la penuria de los campesinos, alegatos para la insurrección en la Francia del siglo XVIII, ¿constituían una coyuntura inaudita en el país? ¿Qué llevó a aquella gente a arrastrarse a un estado tan indigno, cuando sus antepasados habían superado valientemente vicisitudes peores?

Podríamos repetir esa observación con la Tercera Revolución y con otros episodios históricos en los que la saña revolucionaria consiguió grandes objetivos.

¿Qué factor desencadenó esas explosiones en la época precisa en que ocurrieron y no en siglos anteriores, en los cuales también se presentaron ideas y situaciones análogas? Es necesario reconocer que hubo una preparación previa que les confirió el éxito. Para explicar dicho fenómeno, el Dr. Plinio recurrió varias veces a la siguiente metáfora.

Imagínese el lector que una persona se presentara ante la entidad

responsable de la conservación de un verde y frondoso bosque para exponer sus planes de incendiarlo. El director le respondería indiferente: «Todos los días pasa por aquí el tren con sus chispas y la vegetación nunca se ha quemado! ¡No va a ser usted con su fósforo quien hará semejante barbaridad!». El delincuente estaría escuchando en silencio. Sin embargo, durante noches consecutivas, éste enviaría a unos hombres a que inyectaran en aquellos árboles una sustancia misteriosa que los hiciera secarse por completo. Un día, con el mismo fósforo del que se había burlado el director, prendería fuego; en poco tiempo, el bosque entero estaría ardiendo. Lo que antes había resistido a unas chispas, ahora se había vuelto combustible.

Aunque elocuente en sí misma, hay que explicar la metáfora. En efecto, si el «bosque» simboliza la civilización cristiana, compuesta por los innumerables árboles de las virtudes, de las costumbres e instituciones santas, ¿a qué corresponderían las «inyecciones

Para incendiar el verde bosque de la cristiandad era necesaria una preparación meticulosa: la Revolución tendencial

Incendio en el Bosque Nacional de Boise (Estados Unidos)

misteriosas»? He aquí un dato fundamental para entender la cuestión...

El Dr. Plinio lo descubrió tempranamente, al asistir, cuando aún no había cruzado el umbral de la infancia, a una de estas «inyecciones».

En el colegio, choque entre dos mundos

Un silbato resonó en el patio y, como si ese sonido agudo y prolongado la hubiera detonado, le siguió una explosión. Los muchachos sobreexcitados, transpirando de agitación, corrían por todas partes, gritando en completo desorden. Al margen de la confusión, un jovencito lo observaba todo. Aquel era su primer día de clases.

Plinio Corrêa de Oliveira, que por entonces tenía 10 años, había crecido en un hogar con profundas raíces tradicionales, en donde la educación y la compostura se traducían en distinción en el trato y la fe revestía los primeros pasos de su existencia con una luz dorada y sobrenatural. «Acostumbrado a esta educación, entré en el colegio como si un bólido me hubiera lanzado bruscamente —desde dentro de este ambiente tan acogedor, tranquilo y antiguo— treinta años adelante y de lleno en el *mare magnum* embrutecido de la Revolución»,¹ comentaría más tarde.

No se trataba de una mera extrañeza infantil, fruto de la inmadurez que se topa con lo desconocido; era un choque del bien con el mal, del orden con el desorden, del pequeño Plinio que, viviendo en el «paraíso terrenal» de la inocencia, escuchaba los primeros rugidos de la Revolución.

En estos primeros encuentros, no obstante, se le presentaba inoculada con vientos de novedad, en apariencia tan emocionantes como inofensivos, y sólo un fino discernimiento sería capaz de reconocer su maldad.

El joven Plinio, de hecho, empezó a observar cómo entre los chicos de su edad la brutalidad sustituía a la ceremonia, y el respeto dejaba paso a una



Desde niño, Plinio discernió, entre sus compañeros, los primeros rugidos de la Revolución en las tendencias

Plinio en el Colegio San Luis, en 1921

intimidad inescrupulosa: unos a otros se daban manotazos en la espalda, intercambiándose insultos o bromas de mal gusto; en el lenguaje, las palabras indecentes entraban en el vocabulario corriente, ejerciendo una atracción especial; en la indumentaria, la compostura se volvía anticuada, y se imponía un estilo más relajado e informal.

Por otra parte, si el ambiente doméstico lo animaba a desarrollar todos los aspectos saludables de su personalidad, en el colegio, en sentido contrario, existía una presión que llevaba a todos a adherir a un mismo estado de espíritu y modos revolucionarios, en una acción intensamente masificadora.

Transformaciones radicales son impuestas a la sociedad

Con el fin de la Primera Guerra Mundial, esos cambios se volvieron más nítidos todavía. Al salir exhausta de aquella tragedia, la humanidad tenía ansias de bienestar, espontaneidad y disfrute, y se arrojó con voracidad en las vías de la novedad. Para ello, el cine jugó un papel decisivo al proporcionar algo más allá de la distracción o el ocio, como observó el Dr. Plinio: «Notaba que el cine tenía un efecto tendencial sobre todas las personas, modelándoles su temperamento, sus costumbres, su modo de ser y de pensar, en última instancia, transformán-

doles su existencia. Era el gran vehículo del progreso y de la Revolución».²

Las películas cómicas inauguraban una manera de reír, de hacer bromas y de divertirse, así como los dramas policíacos creaban un estado de espíritu embriagado de pasión, tensiones y fiebre de velocidad, que parecía querer llevar al auge la capacidad humana de sentir.³ Sin embargo, no se incentivaba cualquier placer: los del espíritu estaban desterrados de la moda.

En esta nueva consideración de la vida y de las actividades humanas, Dios ya no tenía espacio: se buscaba una especie de «cielo» terrenal y materialista, garantizado para quien tuviera salud, dinero y suerte. Y así el concepto de mal pasó a identificarse con sufrimiento o dolor, cuya eliminación sería siempre un bien.

Poco a poco, las innovaciones irían superando los límites del puro sentimiento e invadiendo el campo de las ideas y de los hechos. El Dr. Plinio para entonces ya sería una persona adulta y estaría listo para librarse de su heroica lucha en defensa de la Iglesia y la civilización cristiana. Pero la fase inicial de su enfrentamiento con la Revolución siempre será un fértil campo de inspiración para comprender cómo ella trabaja para realizar su proyecto.

El desorden en el espíritu humano

Al describir el proceso revolucionario en las mentalidades, tan sutilmente llevado a cabo por medios a veces insospechados y con mensajes contrarios a la moralidad y a la religión, nos topamos con su campo de acción más profundo —y quizás el más importante—, tal como lo describe el Dr. Plinio: «Podemos también distinguir en la Revolución tres profundidades, que cronológicamente hasta cierto punto se interpenetran. La primera, es decir, la más profunda, consiste en una crisis en las tendencias».⁴

Antes del pecado de Adán, las tendencias humanas —originadas de los sentidos del alma y del cuerpo— es-

taban en completo orden: «Por la justicia original, la razón controlaba perfectamente las fuerzas inferiores del alma; y la razón misma, sujeta a Dios, se perfeccionaba». ⁵ Mientras nuestros primeros padres fueran dóciles a Dios, su lado espiritual predominaría sobre el animal: naturalmente se centrarían más en las cosas del espíritu que en las de la carne. Esta disposición regía todos los aspectos de la vida en el Edén, incluso las corrientes, como explicó el Dr. Plinio a su joven audiencia:

«Mirando cualquier cosa del paraíso, o simplemente sintiéndola, el hombre sabía dirigir su alma sobre todo hacia Dios, Creador de todo. En el calor y la brisa fresca, sabía ver la Providencia divina. No se detenía en el deleite —como en un balneario de hoy, extendiendo los brazos y tratando de disfrutar del viento— sino que pensaba: “¡Cómo el calor del día me recuerda el poder de Dios! Cómo la brisa fresca me recuerda la sabiduría con la que Él limita su propio poder, para que su presencia no resulte excesiva para con el hombre que ama”. Y recibía cada cosa como un don y un afecto de Dios». ⁶

Adán, sin embargo, expulsó de su alma este paraíso. Con su pecado se rompió el perfecto equilibrio que lo habitaba: su inteligencia se embotó; su voluntad se endureció con relación al bien, haciéndose débil e indecisa, y obrar correctamente se volvió difícil; la concupiscencia, antes reglada por la templanza, se enardeció en demasía⁷ y comenzó, contrariando los principios de la razón, a buscar la saciedad en los bienes terrenales.

Herederos de la culpa original, incluso en aquellos que fueron bañados por las aguas del Bau-



Ad Meskens (CC by-sa 4.0)

La Revolución busca exacerbar la debilidad humana proveniente del pecado original

Eva y la serpiente -
Catedral de Reims (Francia)

tismo, sus efectos permanecen. Por tanto, la corrupción de la sensualidad —en su significado amplio, identificado por Santo Tomás de Aquino con el apetito sensitivo—, por la cual nos vemos inclinados al pecado, nunca desaparece del todo en esta vida,⁸ de tal modo que practicar el bien, reprimiendo tal propensión, constituye la gran lucha de la existencia.

La Revolución, a su vez, se empeña por exacerbar esta debilidad humana, pues de ello depende el éxito de sus maquinaciones.

En las tendencias, el dinamismo del proceso

Santo Tomás⁹ explica que así como en el bien la razón tiene una importancia principal, en el mal, por el contrario, la parte inferior del alma se encuentra en primer lugar.

Siendo así, el objetivo de la Revolución en esta primera etapa es poner todas las tendencias en desorden. «¿Esto qué significa? Instituir en el espíritu humano una intemperancia completa, para lo más y para lo menos. De mane-

ra que, por ejemplo, en las ocasiones en las que haya un propósito para que uno sienta la cosa “x”, sienta “y”; cuando haya ocasión de sentir “y”, sienta “z” o no sienta nada. Y, como corolario de la intemperancia, instituir un desorden total en el mundo del sentir». ¹⁰

En general, tal desorden sustituirá al Cielo por el placer como meta en la vida. De acuerdo con la psicología, el carácter o la educación, las manifestaciones del desenfreno se revestirán de características propias. Habrá,

por ejemplo, quienes desean sensaciones intensas y ruidosas; mentalidades más mediocres o más finas se contentarán

con minúsculos placeres y preferirán sorber la vida con cucharillas de té.

Para todos, en último análisis, ¿en qué consiste una vida placentera? Primero, en despreocupación y diversión que deleite el cuerpo, de forma directa e inmediata. En segundo lugar, hacer lo que a uno le dé la gana, ¡la voluntad misma es la ley! Las tendencias desenfrenadas conducen paulatinamente a la abolición de todos los frenos impuestos por la moral y las buenas costumbres; y el hombre, proclamándose libre, se vuelve esclavo de sus pasiones.

Medios para alcanzar las tendencias del ser humano

Exacerbad as las malas propensiones de la generalidad de los individuos, la Revolución tendrá condiciones para dar los próximos pasos previstos: «Estas tendencias desordenadas, que por su propia naturaleza luchan con realizarse, no conformándose ya a todo un orden de cosas que les es contrario, comienzan modificando las mentalidades, los modos de ser, las expresiones artísticas y las costumbres, sin tocar siquiera de manera directa —habitualmente, al menos— las ideas». ¹¹

Habiendo sido trabajado el campo por este proceso, más adelante las doctrinas encontrarán el suelo firme para consolidarse como ideas explícitas. Sólo entonces la Revolución estará lista para alcanzar «el terreno de los hechos, donde empieza a obrar, por medios cruentos o incruentos, la transformación de las instituciones, de las leyes y de las costumbres, tanto en el ámbito religioso como en la sociedad temporal». ¹²

Por lo tanto, el éxito de los grandes acontecimientos revolucionarios *siempre* será consecuencia de una preparación, primero tendencial y luego sofística. El Dr. Plinio ejemplifica esta realidad con la pólvora que recorre un reguero antes de la deflagración de los fuegos artificiales. Para que se produjera la explosión, necesariamente hubo ese «camino» antecedente.

Entre numerosos casos históricos que ilustran este principio, es esclarecedora la declaración de cierto personaje público español que, en plena marcha deschristianizante de esa nación ibérica, afirmó que era necesario acabar con el tabú de la virginidad para lograr abolir el derecho a la propiedad.

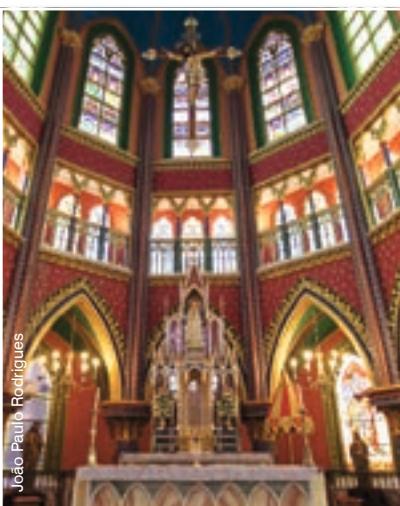
Cabe señalar también que este proceso no se lleva a cabo de un modo manifiesto, sino más bien astuto y discreto, pues cuanto menos se haga notar, mayor posibilidad tendrá de no encontrar resistencia. En efecto, la Revolución sólo avanza «a costa de ocultar su aspecto total, su espíritu verdadero, sus fines últimos».¹³

Un ejemplo arquetípico lo tenemos en el Renacimiento y en el Humanismo que, como hemos visto, prepararon el camino para el estallido de la seudorreforma protestante. Esculturas perfectas desde el punto de vista artístico, que representaban la fuerza y la excelencia humanas, admiradas indiscriminadamente, sembraron en la humanidad la idea —aún difusa— de que la época en la que el hombre dependía de Dios, tal como la retrataban las pinturas medievales, estaba superada. Si alguien dijera eso, sin duda sería reprimido en toda la cristiandad; las artes lo proclamaron, todos lo aceptaron. Dominados ya por la fascinación de un arte neopagano y, a menudo, francamente indecente, los espíritus se adhirieron fácilmente a la degradación moral en los hechos.

Se podrían citar ejemplos en todos los ámbitos de la cultura a lo largo de los siglos, hasta la extenuación. Tenga en cuenta, lector, que cada gran explosión ideológica o social siempre fue

precedida por una revolución cultural, y esto no es mera coincidencia...

Se establece así un círculo vicioso que —salvo una intervención misericordiosa de la Providencia— nada lo puede detener: la Revolución tendencial arroja al hombre en la intemperie; sus malas inclinaciones, atendidas y estimuladas a la vez, exigen



También la Contra-Revolución debe valerse de todos los recursos legítimos en el plano tendencial para combatir a la Revolución

Iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)

más; un nuevo invento le es ofrecido. En resumen, «los errores engendran errores y las revoluciones allanan el camino unas a las otras».¹⁴

Aspecto tendencial de la lucha en nuestros días

Hasta inicios del siglo pasado, la Revolución utilizaba el «arma» tendencial como remota preparación para la quiebra de un principio. Hoy en día,

sin embargo, prácticamente ha dejado de actuar en el campo ideológico, o al menos le dedica mucho menos énfasis, centrándose sus esfuerzos en las distintas facetas de la llamada «revolución cultural». ¿Su experiencia secular le habrá enseñado que basta con mover las pasiones para triunfar o es que la desintegración del alma humana ya se halla tan avanzada que su inicua labor se ha visto muy facilitada?

No por casualidad, el Dr. Plinio observó en la tercera parte de *Revolución y Contra-Revolución*, escrita en 1976, la importancia que había adquirido el aspecto tendencial revolucionario y que, por tanto, era necesario «prepararse para luchar, no sólo con el objetivo de alertar a los hombres contra esta preponderancia de las tendencias —fundamentalmente subversiva del buen orden humano— que así se iba incrementando, sino también a valerse, en el plano tendencial, de todos los recursos legítimos y apropiados para combatir a esa misma Revolución en las tendencias».¹⁵

Y podemos afirmar con toda seguridad que, en el último medio siglo, esa primacía no ha hecho más que aumentar... Por consiguiente, a quienes no quieran dejarse llevar por ella, el Dr. Plinio les indica una única solución: «El miedo a perder la gracia nos coloca en un incesante combate, en todo momento, y este combate comienza con el discernimiento y la vigilancia».¹⁶

Que la Santísima Virgen conceda a todos los contrarrevolucionarios sagacidad y acuidad para permanecer adversos a ese enemigo que nos rodea incluso en las mínimas facetas de la vida cotidiana. ♦

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Notas Autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2010, t. II, pp. 40-41.

² Ídem, p. 89.

³ Cf. Ídem, pp. 94-103.

⁴ RCR, P. I, c. 5, 1.

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 85, a. 3.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 9/11/1984.

⁷ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 82, a. 3.

⁸ Cf. Ídem, q. 74, a. 3, ad 2.

⁹ Cf. Ídem, q. 82, a. 3, ad 3.

¹⁰ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo: 8/8/1993.

¹¹ RCR, P. I, c. 5, 1.

¹² Ídem, 3.

¹³ Ídem, P. II, c. 5, 3, A.

¹⁴ Ídem, P. I, c. 6, 3.

¹⁵ Ídem, P. III, c. 3, 3.

¹⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 9/11/1984.

CUARTA REVOLUCIÓN

El estandarte del infierno se levanta...

Bajo las apariencias de una inofensiva protesta estudiantil, se gestaba el inicio de una nueva fase de la Revolución, cuyas profundidades alcanzarían la ordenación del alma humana tal y como Dios la concibió.



✉ Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Paris, 1968. La hermosa Ciudad de la Luz, radiante de vida, cofre inigualable de algunas de las mayores joyas de la cristiandad, conocida como foco de la cultura, de la elegancia y del refinamiento, «gloria de Francia y uno de los ornamentos más nobles del mundo», según Montaigne, irradiaba nuevamente su *charme* después de las devastaciones de la Segunda Guerra Mundial.

Aunque decadente, mera sombra de lo que había sido, se sentía todavía la «dama» secular de Europa. De hecho, hay que reconocer con Víctor Hugo que, antes de tener su pueblo, Europa tuvo su ciudad, y esta ciudad siempre fue París. El rumbo de toda una civilización descansaba en sus manos.

En 1968, sin embargo, su influencia no apareció revestida de gala en una elegante *soirée*, ni se hizo notar a través de una innovación intelectual o tecnológica. París —y con ella el mundo— daba un paso hacia lo salvaje, lo agresivo, lo inculto.

En el corazón de este relicario de la civilización, contrastando con la regia grandeza de la catedral de Notre Dame y de la Sainte-Chapelle, eclipsando lo atractivo de los Campos Elíseos y de las galerías del Palacio Real, despreciando el lujo y la belleza de los teatros de ópera, refinados cafés, plazas y monumentos históricos, negando, en

definitiva, siglos de tradición, estaba a punto de estallar una extraña revolución estudiantil que en pocas semanas adquiriría dimensiones inauditas...

El escenario mundial para los acontecimientos de mayo de 1968 había sido cuidadosamente preparado por los fautores de la Revolución. Una prosperidad económica sin precedentes, seguida del declive de los sistemas de gobierno establecidos al final de la guerra, y el surgimiento de movimientos contraculturales como el *hippismo* y el *rock and roll*, que combinaban tendencias inmorales propagadas por pensadores como Herbert Marcuse y Guy Debord, dejaron a la sociedad mundial en una maraña de contradicciones, que a veces condenaba las atrocidades —sólo de un contendiente, por supuesto— en la guerra de Vietnam, y a veces luchaba encarnizadamente por el «derecho» al aborto, por citar sólo un ejemplo.

Nada más «lógico», por tanto, desde la perspectiva de *Revolución y Contrarevolución*, que la colossal explosión ocurrida en el corazón académico de Francia.

El despuntar de la revolución

Protestas generalizadas de estudiantes de la Facultad de Nanterre —por entonces vinculada a la Universidad de la Sorbona— tuvieron lugar desde

enero de 1968. En marzo, algunos alborotadores invadieron el edificio en señal de desafío, y en abril ya eran más de mil y quinientos manifestantes.

Posteriormente, la propia Sorbona asumió las riendas del movimiento, y a partir del 3 de mayo se produjeron una serie de marchas y violentos enfrentamientos entre los estudiantes amotinados y las fuerzas del orden público. Los manifestantes —que ya sumaban diez mil, incluidos profesores y personas ajenas al mundo académico— fueron desalojados del campus, pero levantaron barricadas en el Barrio Latino, y en las inmediaciones de los Campos Elíseos hasta se enfrentaron con la policía. Finalmente, el 13 de mayo, se apoderaron de la Sorbona tras una vergonzosa capitulación de las autoridades.

En poco tiempo, sus protestas resonaron en el sector obrero del país, conquistando a más de nueve millones de trabajadores a la revuelta, que resultó en la mayor huelga general de la historia de Francia.

«París quedó aturdida», admitió en esa época el diario londinense *The Guardian*, «Autobuses con los neumáticos rajados y ventanas rotas arrojadas al otro lado de la calle. Coches volcados con los cristales destrozados marcaban los lugares donde el núcleo duro de los estudiantes oponía una feroz resistencia a la policía, que,

con los nervios a reventar tras un día completo de disturbios, aporreaban a los manifestantes».¹

Los estudiantes afirmaban estar insatisfechos con el tamaño y la impersonalidad de las universidades, criticaban el sistema educativo, la disciplina y los estatutos que debían cumplir. Pero no sólo eso: negaban todo orden social —ya fuera capitalista o comunista—, calificaban la vida decente como «pérdida de la libertad», pregonaban el «derecho» al amor libre, la exaltación de la perversión moral y el uso de estupefacientes como medio de *sublimación* del intelecto.

Instauración del caos

Los manifestantes, en un insólito ambiente de total promiscuidad y libertinaje, se atrincheraron en la Sorbona. El recinto fue transformado, según un panfleto de la época, «en un volcán revolucionario en plena erupción, cuya lava se extendería por todas partes, quemando la estructura social de la Francia moderna. A la ocupación física de la Sorbona le siguió una explosión intelectual de violencia sin precedentes. Todo, literalmente todo, estaba repentina y simultáneamente sujeto a discusión, a cuestionamiento, a desafío. No había tabúes».²

En medio del tumulto ideológico, cada cual encontró un motivo para protestar y expresar su universal descontento a través de la devastación. El panorama en la ciudad se volvió

salvaje. «Policías y periodistas con muchos años de experiencia en disturbios en París casi no creían lo que veían sus ojos mientras contemplaban las escenas de destrucción».³

Los enfrentamientos dejaron atrás la «marca registrada» de esta revolución: el caos. Y éste se estableció sobre todo en las ideas: nadie sabía a ciencia cierta por qué estaba allí, las reivindicaciones de los estudiantes eran notoriamente vacías y el movimiento, a pesar de ser radical en sus propósitos y métodos, carecía de doctrinas claras.

No obstante, mientras unos pocos ingenuos creían que luchaban por la modernización de las facultades, otros se sabían pioneros de una revolución, cuya rudimentaria expresión mediante inscripciones en muros y paredes se convertía en tendencia: «Bajo la influencia de los estudiantes revolucionarios, miles comenzaron a cuestionar todo principio de jerarquía».⁴

La nueva melodía de la Marselesa

Eslóganes inteligentes y mordaces —un sello del ingenio francés, en este caso lamentablemente al servicio del mal— aparecieron de repente en las calles parisinas argumentando, criticando, cuestionando... «El jefe te necesita, tú no necesitas a tu jefe», «Cada uno es libre de ser libre», «La humanidad sólo será feliz cuando el último de los burócratas sea ahorcado con las tripas del último capitalista», «Abajo la sociedad de consumo», «La cultura es

la inversión de la vida», «El acto establece la conciencia», «Mis deseos son realidad», «Debajo del asfalto está la playa», «La imaginación al poder»...⁵

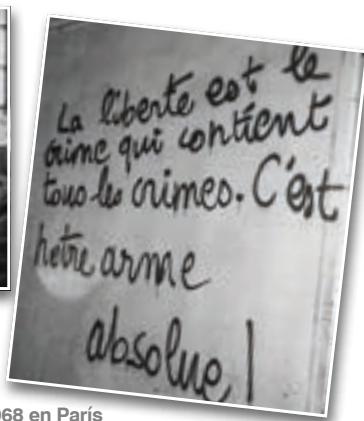
Es difícil medir el verdadero alcance de esta propaganda, cuyas frases más célebres dieron la vuelta al mundo como la pólvora: «Está prohibido prohibir»; «Sé realista, pide lo imposible»; «Cualquier visión de las cosas que no sea extraña es falsa»; «Primero desobedece, luego escribe en las paredes»; «Incluso si Dios existiera, habría que eliminarlo»; «La libertad es el crimen que contiene todos los crímenes, es nuestra arma absoluta».

Analizando el fondo amoral de tales consignas, aún en junio de 1968, el Dr. Plinio predijo el cambio que la Revolución pretendía con ellas: «Estamos pasando de una civilización que tenía como fundamento la razón y que incluso en nombre de la razón atacaba la fe, de una moral que buscaba raciocinios teóricos para justificarse, pero que no era todavía una moral racional, hasta la pura glorificación del instinto bestial y la presentación de la perversión sexual como fruto de la moral».⁶

Y continuaba: «Se trata de un elemento que está germinando en ellos y que tiene como meta la igualdad completa, la libertad completa, pero que no se presenta como una convicción doctrinaria. [...] Es un impulso universal, que sacude a la juventud entera. [...] Surge entonces una era histórica nueva, en la que el hombre renuncia a la razón



Los estudiantes de la Universidad de la Sorbona iniciaron una revuelta cuyo estallido de ideas revolucionarias se esparciría por todo el mundo



Arriba y en la página anterior, aspectos de los disturbios de mayo de 1968 en París

y a la ascensis, y espera del instinto el orden de cosas futuro. [...] No puede haber mayor negación de la verdad, ni revolución más profunda que ésta».⁶

El verdadero nombre de la revuelta de la Sorbona: Cuarta Revolución

Volvamos a París. La revuelta parecía apoderarse de una Francia estupefacta, pero, finalmente, ganó el sentido común. Aparentemente había sido destrozada y el orden fue restablecido por De Gaulle, con el apoyo masivo del pueblo francés... ¿Había terminado todo realmente?

Nada más lejos de eso. En la marcha inexorable de la Revolución, en la que cada nueva fase nace como un «refinamiento matricida»⁷ que engulle y sobrepasa a la anterior, «el fracaso de los extremistas es, por tanto, sólo aparente».⁸ Los manuales de historia pueden considerar que la revuelta de la Sorbona terminó con las elecciones de julio de 1968. Sin embargo, desde un privilegiado mirador profético, el Dr. Plinio desveló el rumbo que tomarían los acontecimientos: las manifestaciones en París fueron sólo los primerísimos acordes de la Cuarta Revolución.

Según afirmó, «la Revolución espera, en su último término, realizar un estado de cosas en el que la completa libertad coexista con la plena igualdad».⁹ Se trata de «un orden de cosas anárquico y a la vez misterioso, que presupone una transformación del hombre también misteriosa, y que es la gran incógnita del mundo moderno».¹⁰

De hecho, si las tres Revoluciones se sublevaron contra la desigualdad en el campo espiritual, político, social y económico, la Cuarta Revolución atacaría directamente la desigualdad en el interior del propio hombre, al invertir el orden de las potencias del alma humana y someter la inteligencia y la voluntad a los instintos más primarios.

Qué diferencia con respecto a las revoluciones anteriores, como subrayó el Dr. Plinio: «Como es bien sabido, ni Marx ni la generalidad de sus más

notorios secuaces, tanto “ortodoxos” como “heterodoxos”, vieron en la dictadura del proletariado la etapa terminal del proceso revolucionario. [...] Deberá ser ella el derrocamiento de la dictadura del proletariado como resultado de una nueva crisis, a consecuencia de la cual el Estado hipertrofiado será víctima de su propia hipertrofia. Y desaparecerá, dando lugar a un estado de cosas científica y cooperativista, en el que —dicen los comunistas— el hombre habrá alcanzado un grado de libertad, de igualdad y de fraternidad hasta ahora insospechado».¹¹

¿A dónde llegará? Al tribalismo, a una sociedad sin gobierno y sin residuos de desigualdad, que borre por completo la semejanza del hombre con Dios, objetivo para el cual la Revolución ya ha predisputado a la humanidad: «El proceso revolucionario en las almas, así descrito, ha producido en las generaciones más recientes, y principalmente en los actuales adolescentes hipnotizados por el *rock and roll*, una forma de espíritu que se caracteriza por la espontaneidad de las reacciones primarias, sin el control de la inteligencia ni la participación efectiva de la voluntad; por el predominio de la fantasía de las “experiencias” sobre el análisis metódico de la realidad; fruto, todo, en gran medida, de una pedagogía que reduce a casi nada el papel de la lógica y de la verdadera formación de la voluntad».¹²

El demonio despliega su estandarte...

Para el Dr. Plinio, el propósito final de la Cuarta Revolución, después de establecer la anarquía en la sociedad y en el interior del ser humano, es presentar como punta de lanza de este igualitarismo total la «religión totémica», en la que el hombre ya irracional y «divinizado» en sus instintos, encuentra en las drogas y el libertinaje la expresión perfecta de su progreso, bajo la dirección de un chamán encargado de mantener, en un plano místico, la vida psíquica colectiva de la tribu.¹³

A la luz de estas explicaciones se entienden mejor ciertos dichos de la Sorbona, meros eslóganes que acompañaban una agenda premeditada: «Pensar juntos, no. Empujar juntos, sí»; «No negocies con los jefes. Eliminalos»; «Lo sagrado es el enemigo»; «¿Cómo pensar libremente a la sombra de una capilla?»; «Ni maestro, ni Dios»; «Viola tu *alma mater*»...

Entonces, apuntando a la gravedad de la situación, el Dr. Plinio afirmó: «La humanidad se encuentra, así, ante la tentación de abandonar cualquier idea de orden y moral, y proclamar lo opuesto del orden y de la moral; es decir, se encuentra ante la mayor tentación de la historia. Nunca ha habido una tentación más radical, porque no está hecha para un hombre, sino para todo el género humano».¹⁴

Una vuelta de página en la historia

Explicando aún más las características de esta nueva humanidad, el Dr. Plinio añadió en su obra maestra: «Bien entendido, el camino hacia ese estado de cosas tribal tiene que pasar por la extinción de los viejos patrones de reflexión, volición y sensibilidad individuales, gradualmente reemplazados por modos de pensamiento, deliberación y sensibilidad cada vez más colectivos. Por lo tanto, es en este campo donde principalmente debe producirse la transformación».¹⁵

De modo que, desde una perspectiva tribal, el derrocamiento de las tradiciones indumentarias, símbolo de la compostura y del respeto, el desprecio creciente por el ornato y la belleza en los trajes a favor de nuevos ideales de confort y practicidad, tienden obviamente hacia la instauración del nudismo, que es, en definitiva, la expresión del anarquismo en el vestuario.

En consecuencia, la desaparición de las formas de cortesía, de las conversaciones basadas en raciocinios e incluso del lenguaje culto —como se ha generalizado con el uso de los

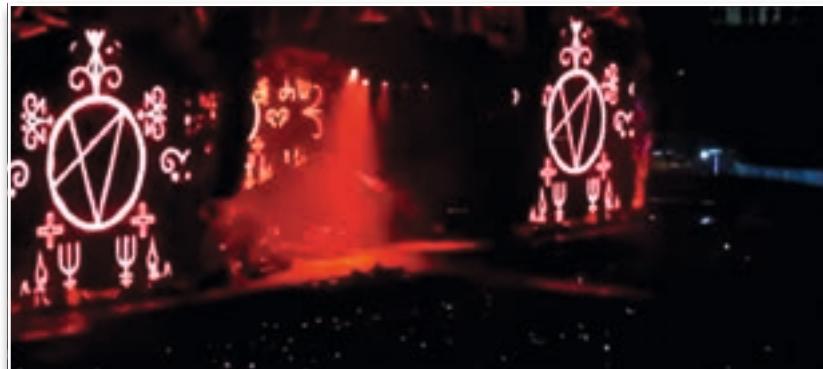
smartphones— sólo puede desembocar en una trivialidad absoluta, amorfa e ignorante en las relaciones: en otras palabras, el nudismo del espíritu, legado de la espontaneidad de la Sorbona. Muy sintomático, en este sentido, es un simbólico pronóstico lanzado en el diario *O Estado de São Paulo* y ampliamente comentado por el Dr. Plinio: si hasta mayo de 1968 los hombres se saludaban con la mano derecha, a partir de esa fecha pasarían a hacerlo con la izquierda...¹⁶

De ahí deriva, a su vez, el envilecimiento general de la moralidad —herencia del amor libre pregonado en la Sorbona—, que se manifiesta en la vulgarización de la vida pública y en la extinción de la respetabilidad de las instituciones que encarnan el principio de autoridad, en todos los ámbitos.

Además, para medir el enorme cambio que se produjo en las mentalidades, fíjese usted, querido lector, por ejemplo, que no es raro encontrarse hoy con grandes personalidades que visten camiseta y bermudas, alardeando de inmorralidades escabrosas o incluso abogando por la causa del *hippismo* y de la Revolución, sin que nadie se sorprenda... ¿Puede haber mejor expresión del derrocamiento moral de nuestra era?

La Quinta Revolución, que siempre ha existido...

Pero la situación presente, en el gradual crepúsculo de la razón en que vivimos, degenerará en otras revoluciones, predijo el Dr. Plinio. Entonces, ¿cuáles serán las nuevas jugadas de la Revolución? ¿Qué quedará de la humanidad cuando sea llevada al



Reproducción

La Cuarta Revolución proclamó la abolición del orden y la moral en la sociedad y en el propio hombre, llevando a la humanidad al tribalismo y abriendo las puertas a la Quinta Revolución...

Presentación de la banda «The Rolling Stones» en São Paulo en 2016

paroxismo de la irracionalidad, de la inmoralidad y de la anarquía?

¿Dónde caerá, a fin de cuentas, si la intervención de Dios no evita otro salto de la Revolución hacia la futura sociedad post cibernetica, cuyos primeros pasos el Dr. Plinio sólo vislumbró en vida, pero profetizó detalladamente? ¿Será finalmente una parodia de la «creación diabólica», en la cual Satanás se convierta en el «diós» mantenedor del mundo? Al fin y al cabo, es el sueño que acaricia desde los tiempos del *non serviam*.

¿No irán hacia ese desenlace las innovaciones de la cibernetica, cada vez más deshumanizantes en sus velocidades y recursos inaprensibles para un intelecto ordinario, y que, en medio de las desgracias de la humanidad, apuntan a un pseudo cielo en busca de una solución que llegará, ciertamente no de Dios sino de misteriosos fenómenos de parapsicología, de robots superdesarrollados o de los aterradores e inexplicables progresos de la llamada «inteligencia artificial»? El tiempo lo dirá. Debemos concluir entonces que la Quinta

Revolución —que siempre ha existido— duerme en las profundidades del abismo y espera, cual Leviatán, el momento oportuno para emerger.

Ante tal panorama, no sorprende que el Dr. Plinio se preguntara: «¿Hasta qué punto le es dado al católico divisar las fulguraciones engañosas, el canto a la vez siniestro y atractivo, emoliente y delirante, ateo y fechistamente crédulo con que, desde el fondo de los abismos en que yace eternamente, el principio de las tinieblas atrae a los hombres que negaron a Jesucristo y su Iglesia?». ¹⁷

Hoy, como hace sesenta y cinco años, ciertamente el Dr. Plinio terminaría estas líneas con la misma confianza profética con la que las acabó en el pasado, una mezcla de fe inquebrantable en el cumplimiento de las promesas de Fátima y de afirmación categórica de adhesión a la Santa Iglesia. También nosotros, haciéndonos eco de su grito de fidelidad, en medio de las olas del caos revolucionario, no dudaremos de la promesa infalible de Nuestro Señor: pase lo que pase, ¡las puertas del infierno no prevalecerán! ♦

¹ CARROLL, Joseph. *Paris students in savage battles – 1968*. In: www.theguardian.com.

² BRINTON, Maurice. *Paris: May 1968. Solidarity Pamphlet 30*. Bromley: Solidarity, 1968, p. 15.

³ CARROLL, op. cit.

⁴ BRINTON, op. cit., p. 39.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 15/6/1968.

⁶ Ídem, ibidem.

⁷ RCR, P. III, c. 3.

⁸ Ídem, P. I, c. 6, 4, C.

⁹ Ídem, c. 7, 3, B, c.

¹⁰ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 11/12/1968.

¹¹ RCR, P. III, c. 3, 1.

¹² Ídem, P. I, c. 7, 3, B, d.

¹³ Cf. Ídem, P. III, c. 3, 2.

¹⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 15/6/1968.

¹⁵ RCR, P. III, c. 3, 2.

¹⁶ Cf. MESQUITA FILHO, Julio de. «A crise na França – II. Rebelião juvenil abala estruturas». In: *O Estado de São Paulo*. São Paulo. Año LXXXIX. N.º 28.572 (4 jun, 1968); p. 2.

¹⁷ RCR, P. III, c. 3, 2, A.

La más bella gesta de la historia

Ante un proceso que parece avanzar triunfalmente hasta su siniestra culminación, la Providencia suscita una reacción irreversible como instrumento para el triunfo final del Inmaculado Corazón de María.



✠ P. Mauro Sergio da Silva Isabel, EP

Habiendo recorrido sumariamente el proceso revolucionario en su desarrollo histórico y esbozado su actual *statu quo*, vale la pena dedicar unas líneas a aquello que el Dr. Plinio en su magistral ensayo define como siendo, «en el sentido literal de la palabra, despojado de las conexiones ilegítimas y más o menos demagógicas que a ella se unieron en el lenguaje corriente, una “re-acción”. Es decir, una acción que va dirigida contra otra acción».¹

He aquí la Contra-Revolución, de cuyos rasgos fundamentales trataremos de ofrecer un rápido esbozo.

La Contra-Revolución, un estandarte en marcha

Al entrar en contacto con ese carácter de reacción, podríamos pensar que, habiendo expuesto unas páginas atrás la esplendorosa «arquitectura» del orden cristiano que brilló en la Edad Media, tuviera la Contra-Revolución el objetivo de su simple restauración. Después de todo, «si la Revolución es el desorden, la Contra-Revolución es la restauración del orden. Y por orden entendemos la paz de Cristo en el Reino de Cristo. Es decir, la civilización cristiana, austera y jerárquica, fundamentalmente sacral, antiigualitaria y antiliberal».² Este bellísimo epígrafe de la obra del Dr. Plinio parece confirmar la aserción antedicha.

Sin embargo, un poco antes subraya que la lucha contra la Revolución debe llevarse a cabo «tal como ésta realmente existe hoy y, por tanto, contra las pasiones revolucionarias tal como hoy crepitan, contra las ideas revolucionarias tal como hoy se formulan, contra los ambientes revolucionarios tal como hoy se presentan, el arte y la cultura revolucionarios tal como hoy son, las corrientes y los hombres que, en cualquier nivel, son actualmente los autores más activos de la Revolución».³ Así pues, en las primeras décadas del tercer milenio los adversarios ya no son los mismos contra los cuales combatió el Dr. Plinio en el siglo XX, sino sus herederos, mucho más avanzados en el auge de maldad que pudimos escudriñar en el artículo precedente.

En estas condiciones, erraríamos al darle a la Contra-Revolución el carácter de un movimiento nostálgico, deseoso de restablecer el pasado a modo de «un falso y estrecho tradicionalismo que preserva ciertos ritos, estilos o costumbres por mero amor a las formas antiguas y sin ningún aprecio por la doctrina que los engendró. Eso sería arqueologismo».⁴ La Contra-Revolución, como afirmó cierta vez el Dr. Plinio, «no es un museo, sino un estandarte en marcha».⁵ Sus metas son mucho más ambiciosas que un utópico regreso a la Edad Media; apuntan, con refinamientos de fe y esperanza,

a la era gloriosa prometida por Nuestra Señora en Fátima y profetizada por numerosos santos, entre ellos el gran heraldo de la Santísima Virgen, San Luis María Grignion de Montfort.

Una restauración hasta los cimientos

Entonces, ¿qué caracterizará a esta restauración de la que habla *Revolución y Contra-Revolución*? «Instaurare omnia in Christo» (restaurar todas las cosas en Cristo) fue el lema y el ideal de gobierno de San Pío X, en una época en que los efectos del proceso de disgregación de la civilización cristiana alcanzaban ya a todas las capas de la sociedad. Nada distinto a esta meta podría desear la Contra-Revolución en el ámbito de los principios, los cuales emanen de la más pura doctrina católica. En los accidentes, no obstante, acarrea consecuencias que requieren una atención especial.

Según explica el Dr. Plinio, así como en la naturaleza la recomposición de un tejido suele tener más solidez en el punto de dilaceración —es el caso de las cicatrices o las soldaduras óseas—, «después de cada prueba, la Iglesia emerge particularmente armada contra el mal que trató de postrarla».⁶ Consideremos su respuesta contra las herejías, su cuidado para evitar que las almas penitentes reincidan en el pecado y muchos otros ejemplos.

Y él, en una famosa conferencia, aplica este principio a su lucha: «La Contra-Revolución es un movimiento que no sólo pretende frenar a la Revolución, sino derrotarla, exterminarla e implantar el Reino de María, es decir, la instauración, en esta tierra, de un orden temporal y, también, de una cultura, de una civilización, de un estado espiritual que estén marcados predominantemente por los principios que la Revolución ha intentado eliminar, de tal manera que éstos sean llevados hasta sus últimas consecuencias, hasta su mayor brillo y hasta su apogeo, y que de la noche profunda de la Revolución, por los esfuerzos de la Contra-Revolución, raye la mayor luz, el mayor esplendor de la civilización cristiana, el estado más radiante de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana».⁷

Como registra en su obra, «el orden nacido de la Contra-Revolución debe resplandecer, incluso más que el de la Edad Media, en los tres puntos capitales en los que fue vulnerado por la Revolución».⁸ Considerando la precisión con que son definidos por el Dr. Plinio, preferimos mencionarlos literalmente:

«Un profundo respeto a los derechos de la Iglesia y del papado y una sacralización, en la mayor medida de lo posible, de los valores de la vida temporal, todo ello en oposición al laicismo, al interconfesionalismo, al ateísmo y al panteísmo, así como a sus respectivas secuelas.

»Un espíritu de jerarquía, que marca todos los aspectos de la sociedad y del Estado, de la cultura y de la vida, en oposición a la metafísica igualitaria de la Revolución.

»Una diligencia en detectar y combatir el mal en sus formas embrionarias o veladas, en fulminarlo con execración y nota de infamia, y en castigarlo con inquebrantable firmeza en todas sus manifestaciones, particularmente en las que atenten contra la ortodoxia y la pureza de las



Mario Shinoda

La Contra-Revolución pretende no sólo frenar a la Revolución, sino derrotarla, exterminarla e implantar el Reino de María

El Dr. Plinio en 1991

costumbres, todo ello en oposición a la metafísica liberal de la Revolución y a su tendencia a dar rienda suelta y protección al mal».⁹

Si este es el objetivo de la Contra-Revolución, el mejor camino para lograrlo, sin duda, consiste en que sus defensores comiencen por aplicar tales principios en sus vidas. ¿Cómo hacerlo?

Vigilancia contrarrevolucionaria

Un contrarrevolucionario en la fuerza del término, para el Dr. Plinio, es aquel que: «Conoce la Revolución, el orden y la Contra-Revolución en su espíritu, sus doctrinas y sus respectivos métodos. Ama la Contra-Revolución y el orden cristiano, odia la Revolución y el “antiorden”. Hace de ese amor y de ese odio el eje alrededor del cual gravitan todos sus ideales, preferencias y actividades».¹⁰

Darle vida a esta formulación requiere una aplicación constante del método tomista de ver, juzgar y actuar. El papel del contrarrevolucionario es discernir continuamente las influencias, ideas y obras de la Revolución en su entorno, pues no hay ámbito de la actividad humana que no esté, en mayor o menor medida, afectado por ella. Las escuelas artísticas a menudo pretenden transmitir sus doctrinas y su espíritu; los productos que consumimos casi siempre tienen su impronta; los hábitos mentales, los modos de ser, de hablar o de vestir, las más diversas costumbres rara vez escapan a su in-

terferencia, favoreciendo el oscurecimiento de los horizontes sobrenaturales, la degradación del ser humano, la corrupción de la moral.

Un análisis atento nos mostrará cómo casi todo tiende a la connaturalidad con lo igualitario, lo licencioso, lo meramente funcional o desecharable. Sin afirmar, *a priori*, que todo ha de ser evitado, el contrarrevolucionario debe entrar en contacto con estas realidades de tal manera que no distorsionen la visión sana y objetiva de las cosas, suscitándole cierta ojeriza a lo que es noble y perenne. Todo hay que pesarlo y medirlo para que, según el caso, sea utilizado con sabiduría o rechazado y, a su manera, combatido.

Este combate empieza en el interior de cada uno. Si, como decía el Dr. Plinio, «todo lo que admiramos penetra de algún modo en nosotros»,¹¹ es necesaria una posición de constante admiración y, por qué no decirlo, de proclamación del bien, de la verdad y de lo bello, que conlleva a un creciente rechazo del mal, del error y de lo feo. En efecto, ¿cómo uno podrá declararse contrarrevolucionario mientras, por ejemplo, se deleita con músicas modernas febricitantes cuyas letras contendrían rastros del más grosero liberalismo, cuando no de abierta inmoralidad? ¿O acepta formas de vestir o de hablar que fomentan la vulgaridad y la promiscuidad? La unidad del trabajo revolucionario implica que, en contrapartida, «el

contrarrevolucionario auténtico sólo podrá serlo en su totalidad».¹²

El reclutamiento contrarrevolucionario

Ahora bien, debemos ser objetivos y reconocer cuán pocos son los que hoy viven este ideal. En general, el contrarrevolucionario «tiene una noción lúcida de los desórdenes del mundo contemporáneo y de las catástrofes que se acumulan en el horizonte. Pero su propia lucidez le hace darse cuenta de la magnitud del aislamiento en el que tan frecuentemente se encuentra, en un caos que le parece que no tiene solución».¹³

Al constatar la universalidad del proceso revolucionario, se siente horrorizado y oprimido por el yugo de la creciente corrupción del mundo contemporáneo, pero no siempre sabe cómo actuar. De ahí la necesidad de agrupar a todos los que se encuentran en esa situación, superando cualquier espíritu derrotista, para constituir una «familia de almas cuyas fuerzas se multiplican por el hecho mismo de la unión».¹⁴ Por eso, «la acción contrarrevolucionaria merece tener a su disposición los mejores medios»,¹⁵ y puede conseguirlo con el sabio empleo de los que tiene a su alcance.

Además, no se debe descuidar la inmensa porción de la opinión pública susceptible de simpatizar con una acción contrarrevolucionaria, pero probablemente engañada o desinformada debido a la acción tendencial revolucionaria y a la confusión ideológica que reina en nuestros días. «Es necesario saber mostrarles, en el caos que nos rodea, el rostro completo de la Revolución, en su inmensa hediondez. Siempre que ese rostro se revela, aparecen brotes de vigorosa reacción. [...] El contrarrevolucionario debe, con frecuencia, desenmascarar el aspecto general de la Revolución, para exorcizar el maleficio que ejerce sobre sus víctimas».¹⁶ «Arrancarle el velo de esta manera es asestarle el más duro de los golpes».¹⁷

A cuántas personas no les ha despertado una simple denuncia a la inmensa crisis en la que estamos inmersos, cuando la Revolución trata de culminar sus conquistas en un entorno mal preparado debido a algún apego, a veces meramente atávico, a costumbres del pasado. Esta táctica le corta el camino porque, para avanzar, la Revolución necesita el apoyo unánime de la opinión pública. Si una parte de ésta, agredida por la realidad, estanca, le pasa como a una inmensa serpiente que es pisada en la cola: su marcha pierde impulso, hasta el punto de comprometer sus objetivos.

Para atraer definitivamente a estos cristalizados, le corresponde a la Contra-Revolución proceder en sentido contrario al disimulo con que obra el mal, pues «en el itinerario del error hacia la verdad, no existen para el alma los silencios bellacos de la Revolución, ni sus metamorfosis fraudulentas. No se le oculta nada de lo que debe saber»¹⁸ Aquí transparece una de las características más destacadas de la acción contrarrevolucionaria, tanto en el ámbito personal como en el proceder externo, ya sea éste individual o colectivo.

Integridad, la fuerza a de la Contra-Revolución

Basta un breve recorrido por el proceso revolucionario para constatar cómo la mentira caracteriza su acción sobre las almas. La Contra-Revolución, por el contrario, actúa siempre con integridad, siguiendo las palabras del divino Maestro: «Que vuestra hablar sea sí, sí, no, no» (Mt 5, 37). Por ello, el Dr. Plinio desdena la táctica «de presentar a la Contra-Revolución bajo una luz más “simpática” y “positiva” que la lleve a no atacar a la Revolución», concluyendo que «es lo más tristemente eficiente para empobrecerla de contenido y de dinamismo».¹⁹

Convencido de que el esplendor de la verdad posee la fuerza *per se* para atraer a cualquier hombre de buena

voluntad a seguirla, subraya que «la Contra-Revolución tiene, como una de sus misiones más destacadas, la de restablecer o reavivar la distinción entre el bien y el mal, la noción del pecado en tesis, del pecado original y del pecado actual».²⁰ El objetivo de este procedimiento, que le gustaba denominar como «la política de la verdad», es el de definir los campos, evadiendo uno de los grandes errores contemporáneos —el relativismo moral y doctrinario— que, a semejanza del desvío denunciado por el profeta Sofonías, proclama: «El Señor no hace ni bien ni mal» (1, 12). Al contrario, se trata de seguir a Nuestro Señor Jesucristo que vino para ser «signo de contradicción», «para que se manifiesten los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2, 34-35). Está claro, entonces, que «ante la Revolución y la Contra-Revolución no hay neutrales».²¹

En el ámbito individual, la irrenunciable necesidad de la integridad será analizada en el próximo artículo, al relacionar la Contra-Revolución con la santificación personal.

La lucha contrarrevolucionaria en el siglo xxi

Después de considerar los principios relacionados hasta aquí, es menester hacer una aplicación concreta a nuestros días. ¿Cómo actuar como contrarrevolucionario en el siglo xxi? Ya hemos visto en los dos artículos precedentes cómo la Revolución tendencial alcanzó un auge de relevancia tras la explosión de la Cuarta Revolución. Así, al contrarrevolucionario le corresponde realizar una labor de reacción en el mismo campo y de mayor intensidad.²²

Y dado que el polo de la lucha contrarrevolucionaria ha cambiado en las últimas décadas del siglo xx del orden temporal al espiritual,²³ nunca estará de más preparar el terreno para el apostolado a través de celebraciones litúrgicas que eleven la consideración de realidades sobrenaturales, de templos que reflejen, por su pulcri-

tud y decoro, las bellezas celestiales, y especialmente de hijos de la Iglesia que transmitan en su tipo humano los ideales de la Contra-Revolución, es decir, que sean conformados en todo a la mentalidad de la Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Irreversibilidad de la Contra-Revolución

Se trata de un objetivo atrevido, sin duda, frente a un enemigo universal que cuenta con recursos ilimitados a su servicio y el apoyo de todas las fuerzas humanas. ¿Cómo lograrlo? El Dr. Plinio nunca retrocedió ante la verdad: «Pocas cosas podría hacer yo tan perjudiciales para la vocación [contrarrevolucionaria] como no mostrarles el lado difícil y arduo de nuestras esperanzas, viables sólo desde un punto de vista sobrenatural, sino, al contrario, presentarlas como realizables por medios naturales».²⁴

En efecto, la esperanza de una victoria del bien está puesta sustancialmente en la intervención divina, ya sea en la historia misma o, en primer lugar, en el interior de las almas que deben constituir el Reino de María. En otro epígrafe magistral, el Dr. Plinio evalúa la razonesabilidad —basada en la fe— de esta perspectiva:

«Alguien podría preguntar qué valor tiene ese dinamismo. Respondemos que, en teoría, es incalculable y ciertamente superior al de la Re-

volución: «*Omnia possum in eo qui me confortat*» (Flp 4, 13). Cuando los hombres deciden cooperar con la gracia de Dios, las maravillas de la historia son las que se obran de esta manera: es la conversión del Imperio romano, es la formación de la Edad Media, es la reconquista de España a partir de Covadonga, son todos estos acontecimientos que ocurren como fruto de las grandes resurrecciones de alma de las que los pueblos son también susceptibles. Resurrecciones

y la sensualidad—, el surgimiento de una corriente que, apoyada en la gracia, pretende no sólo frenarlo, sino exterminarlo e implantar el Reino de María, implica aseverar que ningún factor humano o preternatural podrá detener su marcha hacia la victoria final.

¿En qué se basa esa afirmación? En la convicción de que Dios no puede dejar de intervenir ante este ápice del mal que, cada vez con mayor atrevimiento, osa adentrarse en regiones cuya capitulación comprometería la credibilidad de los pilares de nuestra fe; en la promesa de la inmortalidad de la Iglesia hecha por Nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 16, 18) y en el anuncio del triunfo del Inmaculado Corazón de María profetizado en Fátima.

El Dr. Plinio discurre sobre esto con palabras de fuego: «Es un triunfo que será el más grande de la historia, y es preciso que lo sea. Porque sólo se triunfa sobre un gran enemigo con una gran victoria, y sólo se vencen tinieblas profundas con una abundancia mayor de luz. Así pues, podemos tener

la certeza de que el Reino de María es irreversible. Todo lleva a creer que ha de venir, hay signos de que empieza a venir y, finalmente, tenemos una promesa indefectible de que vendrá. Por lo tanto, después del castigo vendrá la misericordia, después del como que diluvio vendrá el arcoíris. Entonces rayará, finalmente, la gloria inmarcesible e irrevocable del Reino de María».²⁵ ♦



La victoria del bien depende de la intervención divina, pues cuando los hombres cooperan con la gracia de Dios, se operan las maravillas de la Historia

Vista de la bahía de Guanabara (Brasil)

invencibles, porque no hay nada que derrote a un pueblo virtuoso y que verdaderamente ame a Dios».²⁵

Sobre esta implacable verdad teológica, el Dr. Plinio afirmó su certeza respecto de lo que bautizó como la «irreversibilidad de la Contra-Revolución». Frente a un movimiento cuyo dinamismo reside en la exacerbación de las peores pasiones humanas —el orgullo

¹ RCR, P. II, c. 1, 1.

² Ídem, c. 2, 1.

³ Ídem, c. 1, 3.

⁴ Ídem, c. 3, 1, C.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conversación*. São Paulo, 17/10/1985.

⁶ RCR, P. II, c. 2, 2.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 29/1/1967.

⁸ RCR, P. II, c. 2, 2.

⁹ Ídem, ibidem.

¹⁰ Ídem, c. 4, 1.

¹¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 3/10/1969.

¹² RCR, P. I, c. 9.

¹³ Ídem, P. II, c. 5, 1.

¹⁴ Ídem, B.

¹⁵ Ídem, c. 6, 1.

¹⁶ Ídem, c. 8, 3, E.

¹⁷ Ídem, c. 5, 3, A.

¹⁸ Ídem, c. 8, 3, B.

¹⁹ Ídem, c. 7, 3, B.

²⁰ Ídem, c. 10, 1.

²¹ Ídem, c. 5, 3, A.

²² Cf. Ídem, P. III, c. 3, 3.

²³ Cf. Ídem, c. 2, 4, B.

²⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conversación*. São Paulo, 6/2/1989.

²⁵ RCR, P. II, c. 9, 3.

²⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 29/1/1967.

Verdadero manual de santificación

Aunque muchos lo consideran un mero ensayo histórico o una obra sociopolítica, una atenta lectura de «Revolución y Contra-Revolución» revela su carácter marcadamente espiritual.

» **P. Hernán Luis Cosp Bareiro, EP**

Quien navegue a través de los abundantes contenidos publicados en el universo de internet referentes al Dr. Plinio —trabajos académicos, artículos de opinión, reseñas biográficas, vídeos acerca de diversa temática— constata de inmediato un complicado problema de visión obliterateda.

Incluso haciendo caso omiso a las abundantes falsedades —ya sean mentiras descaradas, medias verdades malintencionadas o simplemente groseras difamaciones—, lo que más sorprende en las materias que le son favorables o, al menos, imparciales, es la frecuente presentación de la figura del Dr. Plinio desde un solo aspecto, que si bien puede ser verdadero, no constituye la realidad completa, de la misma manera que ver una habitación enorme por el pequeño agujero de una cerradura nunca podrá proporcionarnos una noción cabal de su interior.

Hombre de acuidad política impar, genial diplomático, distinguido aristócrata paulista, meticuloso estratega en sus disputas contra el movimiento revolucionario del momento... ¡Cuántos títulos se le podrían dar! Sin embargo, sólo son partes de un todo, que en sí mismas no definen su perso-

nalidad, ni siquiera su característica más importante. Por cierto, al tratarse de alguien de tal envergadura y riqueza de atributos, uno se pregunta si el único concepto que lo define por entero no sería sencillamente... ¡Plinio Corrêa de Oliveira!

Un tratado de amor a Dios

Algo parecido ocurre con su magistral ensayo *Revolución y Contra-Revolución*, objeto de especial homenaje en este número de la revista *Heraldos del Evangelio*. Impresionados quizá por la precisión de sus análisis históricos, sociopolíticos, psicológicos e incluso diplomáticos, muchos de sus admiradores yerran

«Revolución y Contra-Revolución» es principalmente un escrito de carácter moral y religioso, un tratado de amor a Dios

al considerar que cualquiera de estos aspectos constituye su esencia.

En realidad, el principal rasgo de ese escrito radica en su carácter moral y religioso. Con razón llegó a afirmar ante sus discípulos que esa obra «es, a su manera, un tratado de amor a Dios»¹ y, «si se tomara en serio, un manual de vida espiritual».²

¿Le sorprenden estas afirmaciones, querido lector? Pues entonces basta con recorrer algunas de las enseñanzas contenidas en sus páginas para confirmarlas con seguridad.

La Revolución tiene su origen en el mal moral

En primer lugar, hay que tener en cuenta el origen del enemigo que el magistral texto analiza: la Revolución en su proceso ya cinco veces secular de deterioro de la civilización cristiana. Proviene ella del pecado, del que es hija,³ y podríamos añadir... predilecta. No puede ser más evidente, en consecuencia, que «su raíz es moral y, por tanto, religiosa».⁴

Cuando el hombre cede a las tendencias desordenadas anidadas en su alma como fruto del pecado original, acabará pecando... Podemos constatarlo cuando echamos una mirada al



mando que nos rodea. Pero si, superando el ámbito de la mera flaqueza humana, su insurrección contra los mandamientos le lleva a la negación de la bondad, «puede ir más allá, e incluso llegar al odio, más o menos inconfesado, al orden moral en su conjunto. Ese odio, revolucionario en esencia, puede engendrar errores doctrinarios, y hasta conducir a la profesión consciente y explícita de principios contrarios a la ley moral y a la doctrina revelada, como tales, lo que constituye un pecado contra el Espíritu Santo».⁵

Recordemos que la fuerza impulsora de la Revolución se encuentra en las tendencias desordenadas,⁶ y los «valores metafísicos» que expresan adecuadamente su espíritu y, por consiguiente, caracterizan sus metas son «igualdad absoluta, libertad completa».⁷ Para lograr sus objetivos, «dos pasiones son las que mejor la sirven: el orgullo y la sensualidad»,⁸ que el Dr. Plinio solía etiquetar como «resortes impulsores», considerando que no hay nada en la Revolución que no sea movido por ellos. La generalización y exacerbación de estos vicios fue lo que ocasionó la explosión en cadena del proceso revolucionario y todas sus consecuencias.

La primacía de la virtud y de la gracia en la lucha contrarrevolucionaria

A la vista de este resumidísimo esbozo acerca del aspecto moral de la Revolución, se entiende fácilmente que el Dr. Plinio resalte con insistencia en la Parte II de su obra, dedicada a la Contra-Revolución, la práctica militante de las virtudes opuestas como signo distintivo indispensable de quienes anhelan luchar contra ese mal universal. Por lo tanto, promover «el amor a la desigualdad vista en el plano metafísico, al principio de autoridad, y también a la ley moral y a la pureza».⁹

Ahora bien, dada la oposición de las mencionadas tendencias desordenadas inherentes a la naturaleza

humana caída por el pecado original, esto no es posible sin una cuidadosa ascesis, cuyo objetivo es obtener el «vigor del alma que le viene al hombre por el hecho de que Dios goberna en él la razón, la razón domina a la voluntad, y ésta domina a la sensibilidad»,¹⁰ mediante una sólida vida sobrenatural. Entonces, la gracia de Dios, perseverantemente cultivada, desempeñará su indispensable papel, que consiste en «iluminar la inteligencia, fortalecer la voluntad y templar la sensibilidad de modo a orientarse hacia el bien».¹¹

Por ello, el Dr. Plinio subrayaba que una de las principales tareas de la Contra-Revolución era «restablecer o reavivar la distinción entre el

Mediante una vida sobrenatural bien llevada, en los contrarrevolucionarios deben brillar las virtudes que la Revolución más quiso destruir

bien y el mal, la noción de pecado en teoría, del pecado original y del pecado actual»,¹² utilizando como medios para tal, entre otros:

«Resaltar, en las ocasiones apropiadas, que Dios tiene derecho a ser obedecido y que, por ello, sus mandamientos son verdaderas leyes. [...] Enfatizar que la ley de Dios es intrínsecamente buena y acorde con el orden del universo, en el que se refleja la perfección del Creador. Por lo cual no sólo debe ser obedecida, sino amada, y el mal no sólo debe ser evitado, sino odiado. Difundir la noción de un premio y un castigo *post mortem*. [...] Favorecer costumbres y leyes que tiendan a evitar ocasiones próximas de pecado [...]. Insistir en [...] la necesidad de la gracia, la oración y la vigilancia para que el hombre perseveré».¹³

Rociadas con gracias eficacísimas obtenidas por la Santísima Virgen, las almas deben «brillar de manera especial por todas las virtudes que específicamente la Revolución quiso destruir»,¹⁴ hasta el punto de condecorar con la profecía de San Luis María Grignion de Montfort: «Las almas respirarán a María, como los cuerpos respiran el aire [...]. Cosas maravillosas sucederán en el mundo, donde el Espíritu Santo, encontrando a su ama-



Juan Távárez

Celebración de la santa misa en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima - Tocancipá (Colombia)

da Esposa como reproducida en las almas, llegará sobre ellas abundantemente y las colmará de sus dones, particularmente del don de su sabiduría, para obrar maravillas de gracia».¹⁵

La Contra-Revolución, hija fiel al servicio de la Santa Iglesia

Como consecuencia natural de las afirmaciones anteriores, la Contra-Revolución debe cultivar un acrisolado espíritu de servicio a la Iglesia, fuente divinamente instituida de donde brotan los tesoros de la gracia que le permitirán cumplir esa sublime misión mediante «una acción profunda en los corazones».¹⁶

Por eso, el Dr. Plinio¹⁷ dedicó un detallado capítulo de su obra a señalar el carácter esencialmente subsidiario de la Contra-Revolución con relación a la Iglesia, a la que pretende exaltar por ser el Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo y, por tanto, el alma necesaria de todos sus fines. Fuera de ella no puede existir una verdadera Contra-Revolución, máxime porque en las últimas décadas, dada la evolución del proceso revolucionario, «el punto más sensible y verdaderamente decisivo de la lucha [...] se trasladó de la sociedad temporal a la espiritual, y pasó a ser la Santa Iglesia».¹⁸

Si se toman en serio estas verdades, la Contra-Revolución tiene todas las posibilidades de ganar el gran combate de nuestro tiempo, pues se pueden esperar maravillas de la naturaleza humana cuando está dispuesta a cooperar con la gracia divina. Innumerables ejemplos históricos lo certifican.

El alma humana, decisivo campo de batalla

Después de todo, en la existencia misma del libre albedrío humano es donde se encuentra una de las grandes bazas de la Contra-Revolución y, en cierto sentido, también una de sus mayores debilidades. De hecho, cada ser humano constituye un campo de batalla donde Dios y el diablo com-



Mario Shinoda

El Dr. Plinio en 1991

Un contrarrevolucionario auténtico es aquel que, a pesar de sus debilidades, abraza el ideal de santidad y no transige con la Revolución

batén, de modo que el verdadero contendiente es la propia alma que, en cualquier momento, puede optar por cooperar con la gracia o entregarse a sus pasiones desordenadas.

No es de extrañar que el Dr. Plinio haya afirmado muchas veces que la gran y verdadera Contra-Revolución es la salvación de las almas, porque «siempre que el hombre lo quiera, cambia y destruye las estructuras más espectacularmente sólidas. Depende de si la gracia lo quiere, depende de que la gracia tenga quien le corresponda, depende de si ha llegado la hora señalada por Dios, en fin, de una serie de circunstancias de orden natural y sobrenatural».¹⁹ Todo se reduce a aceptar el llamamiento divino o rechazarlo.

Así pues, no es difícil llegar a la siguiente conclusión: «El fenómeno revolucionario, tal como se describe en RCR, es ante todo un problema espiritual; el resto, por importante que sea, es secundario y colateral. El aspecto más importante es la actitud que el fiel adopta en relación con Nuestro Señor Jesucristo y, más especialmente, con su Sagrado Corazón, que es la quintaesencia de todo lo que en Él hay de perfecto y de amor».²⁰

En definitiva, el auténtico contrarrevolucionario se define como aquel que, aún con sus debilidades, abrazó el ideal de santidad frente a un mundo revolucionario con el que no desea transigir, mientras que el revolucionario, necesariamente, habrá abrazado de forma decisiva las vías del pecado.

Finalmente, cabe preguntarse si le es lícito a un católico verdadero no pronunciarse ante este inmenso mal que todo lo impregna en nuestro tiempo. La respuesta se la dejamos al lector, considerando que en esta coyuntura, librada en almas claves para la lucha entre el bien y el mal, será donde se producirá el gran choque que resultará en el triunfo definitivo del Sapiencial e Inmaculado Corazón de María. ♦

La «táctica» de la Contra-Revolución

Plinio Corrêa de Oliveira

Encontramos en el Evangelio dos ejemplos de tentativa de formación de un contrarrevolucionario, una exitosa y otra fallida. La primera es la del hijo pródigo, y la segunda la del joven rico. Éste es característicamente el pragmático. Era bueno, pero quería una vida fácil y alegre. Se encontró con el Señor, y el divino Maestro le presentó un programa antipragmático. Lo rechazó y siguió su camino.

El hijo pródigo era también eminentemente un pragmático. La casa paterna le resultaba aburrida, tenía sed de aventuras y quería conocer la ciudad. Su padre, al ver la proporción que habían alcanzado esos malos deseos, adoptó la única actitud admisible en esas situaciones extremas: le dio a su hijo la parte de la herencia que le correspondía y le permitió que se marchara.

Dos hombres empezaron a coexistir en el hijo pródigo. Por un lado, llevaba consigo un resto de amor a la casa paterna, pero, por otro, mucho amor a la vida de orgía y disipación. En la ciudad se perdió por completo, pero con eso surgió dentro de sí un viejo recuerdo; el resto de amor que aún conservaba por la casa de su padre afloró a la superficie y el mal hijo se acordó del hogar paterno. Aquel ideal revivió en su interior y regresa a la casa de su padre, donde es recibido con los brazos abiertos.

Todo hombre, por más que se haya pervertido, lleva en su alma una figura completa de los ideales de bien y verdad para los cuales fue creado. Sin embargo, a medida que va decayendo en la virtud, se produce un embotamiento en su conciencia de tal manera que aquella fi-

gura tiende a desaparecer; va siendo sepultada, pero no destruida, como en la leyenda bretona de la catedral sumergida: de vez en cuando sale a la superficie del mar, y recuerdos de bien, de moral, de virtud, de fe emergen a la superficie del alma del pecador y comienza, de repente, a tocar sus campanas. Llega entonces la posibilidad de la conversión. El viejo ideal se ilumina y el hombre vuelve a verlo brillar.

De lo expuesto se concluye que la conversión a la Contra-Revolución sólo se da cuando, de manera intensa, completa y radical, se va hasta el fondo de la personalidad. La conversión tiene que basarse en un principio fundamental de aquella alma, que domina a todos los demás, y debe, pues, restaurarla en toda su pureza.

El vicio capital, que es el gran resorte de la perversión y la raíz de la Revolución, es fácil de alimentar y se inflama extraordinariamente con cualquier pequeño alimento; a medida que va recibiendo algo, crece, por minúscula que sea la dosis.

Pero para llevar a alguien a la Contra-Revolución tenemos que usar el método opuesto. Se trata de resucitar, en la persona, lo que llamamos la *cathedral engloutie*, y esto sólo puede ser provocado mediante un choque muy grande. La táctica de la Contra-Revolución es la de estos grandes choques y llamamientos a la conciencia.

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XXIV.
N.º 277 (abr, 2021); pp. 19-21.

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 31/3/1966.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conversación*. São Paulo, 6/3/1993.

³ Cf. RCR, P. I, c. 11, 1.

⁴ Ídem, P. II, c. 11, 1, A, b.

⁵ Ídem, P. I, c. 8, 2.

⁶ Cf. Ídem, c. 6, 1, A.

⁷ Ídem, c. 7, 3.

⁸ Ídem, ibidem.

⁹ Ídem, P. II, c. 8, 3, F.

¹⁰ Ídem, c. 9, 1.

¹¹ Ídem, 2.

¹² Ídem, c. 10, 1.

¹³ Ídem, 2.

¹⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 14/7/1990.

¹⁵ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT.

«Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge», n.º 217. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, pp. 634-635.

¹⁶ RCR, P. II, c. 12, 5.

¹⁷ Cf. Ídem, c. 12.

¹⁸ Ídem, P. III, c. 2, 4, B.

¹⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 26/2/1966.

²⁰ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 24/4/1994.

Amar a Dios sin medida

San Francisco de Sales recondujo a la Iglesia a setenta y dos mil calvinistas, sin contar la innumerable multitud de católicos a los que hizo renacer a la vida de la gracia y a los que llevó a la cima de la vida interior. ¿Cómo logró semejante triunfo?

▽ Víctor Hugo Morais



Timothy Ring

Cuando el joven sacerdote de 26 años se dirigía a la provincia de Chablais —región actualmente dividida entre Francia y Suiza—, tal vez el más optimista de los hombres no habría podido prever lo que resultaría de la actividad de aquel varón.

Más de sesenta años de inflexible dominio calvinista había desterrado prácticamente de allí a la verdadera religión, y los pocos católicos que quedaban casi no se atrevían a practicarla en público. Por lo tanto, el P. Francisco de Sales se disponía a emprender una misión no sólo peligrosa sino también aparentemente imposible para el ser humano. Pero no para Dios. Treinta años después, cuando falleció, habría convertido al seno de la Iglesia a setenta y dos mil herejes y dejado un legado espiritual que hasta el día de hoy alimenta a las almas.

Nacimiento y primeros estudios

El 21 de agosto de 1567 vio la luz un niño en el castillo de Sales, en Saboya (Francia). Su madre, una dama muy piadosa, cuando todavía lo tenía en su vientre, le imploraba a Dios que

lo preservara de toda la corrupción del siglo, pues preferiría verse privada de la alegría de ser madre antes que tener un hijo que se convirtiera en enemigo del Señor por el pecado. Estas súplicas, como lo demostraría el futuro, fueron muy bien aceptadas por el Todopoderoso y sus resultados ciertamente superaron las esperanzas maternas. El infante fue bautizado al día siguiente de su nacimiento y recibió el nombre de Francisco Buenaventura.

Sus padres, Francisco, conde de Sales, y Francisca de Sionas, ambos de ilustre estirpe, se esmeraron en su educación. La condesa lo llevaba a menudo a la iglesia y lo animaba a orar, a lo que supo responder con grandeza de alma. Así pues, la admiración del niño por las cosas sagradas y por las hazañas heroicas de los santos crecía cada día.

Contrataron a maestros para instruirlo en las ciencias y letras humanas, y el joven demostró poseer un espíritu de penetración y profundidad impresionantes. Su padre, que ya ambicionaba una prometedora carrera para él, decidió enviarlo al colegio de la ciudad vecina de La Roche cuando aún no tenía 6 años.

Transcurridos dos años, fue trasladado a la escuela de Annecy. Por esta época recibió la Primera Comunión y la Confirmación. Su deseo de consagrarse enteramente al servicio divino aumentaba a medida que crecía en devoción y madurez, pero su padre insistió en hacer oídos sordos a sus santas intenciones. Unos años más tarde, decidió que su hijo estudiaría en París.

Angustiosa prueba disipada por la Santísima Virgen

Los años vividos en la Ciudad de la Luz fueron determinantes para su vocación. Allí cursó Retórica, Filosofía y Teología, así como Hebreo y Griego. Además, para complacer a su padre, aprendió a montar a caballo, a manejar las armas y a bailar, conocimientos imprescindibles en esa época para un hombre de su clase. Sin embargo, Francisco no sentía un gran entusiasmo por estos entretenimientos, encontrando más satisfacción en las lecturas espirituales y en las santas meditaciones.

Durante este período también llegó el momento elegido por Dios para poner a prueba a su amado hijo. «Hacia

los 18 años le asaltó una angustiosa tentación de desesperación. El amor de Dios había sido siempre lo más importante para él, y tenía la impresión de haber perdido la gracia divina y estaba destinado a odiar eternamente a Dios junto con los condenados. Esa obsesión le perseguía día y noche, y su salud empezó a resentirse.¹

Un día, cuando se encontraba deante de una imagen de la Virgen en la iglesia de San Esteban de Grés, se sintió especialmente reconfortado. Con los ojos fijos en Nuestra Señora, le imploró al menos la gracia de amar con todas sus fuerzas a ese Dios que estaba destinado a odiar para siempre en el infierno. Tan pronto como terminó su oración, sintió una indescriptible consolación que disipó las tinieblas que cubrían su espíritu.

Años más tarde, el joven terminó sus estudios en París y, por deseo de su padre, se marchó a Padua para estudiar Derecho. Obtenido el título correspondiente, pudo regresar a casa. El conde de Sales le había conseguido una atractiva pretendiente, pero ésta enseguida se dio cuenta de que él no estaba dispuesto a cumplir los anhelos paternos. También le ofrecieron un prestigioso cargo en el Senado de Chambéry, pero lo rechazó. Tenía por entonces 24 años y, hasta ese momento, solamente le había revelado a su madre y al canónigo de la catedral de Ginebra, su primo Luis de Sales, su intención de consagrarse enteramente a Dios.

«Hay que derribar los muros de Ginebra»

Naturalmente, su rechazo al matrimonio y al cargo en el Senado disgustó a su padre, pero no sospechaba que su hijo anhelaba el sacerdocio. En esos días había quedado vacante un desatado puesto en la diócesis de

Ginebra y Luis de Sales pensó conseguírselo a su primo, lo que concurriría a satisfacer las pretensiones paternas. Sin consultar a ningún miembro de la familia, se dirigió al Papa, explicándole el asunto y recomendando encarecidamente a Francisco para el puesto, a lo que el pontífice accedió.

El conde de Sales quedó asombrado con la dignidad a la que el Vicario de Cristo elevaba a su hijo, aunque sólo a costa de mucha paciencia y persistentes argumentos se dejó convencer.

Finalmente, el 18 de diciembre de 1593, Francisco fue ordenado sacerdote. En su primer discurso dejó establecida la meta que se proponía: reconquistar para la Santa Iglesia la región de Ginebra, desde hacía años bajo la influencia calvinista. «Hay que derribar los muros de Ginebra con ardientes oraciones, y llevar a cabo el asalto mediante la caridad fraterna. Adelante pues, ¡y ánimo, mis buenos hermanos! Todo cede a la caridad. El amor es fuerte como la muerte, y para quien ama nada es difícil»,² proclamó en esa ocasión.



Thimon (CC by-sa 4.0)

Con sus sermones atrayentes y su inalterable bondad, a pesar de su temperamento colérico, convirtió a muchos corazones empedernidos

Predicación de San Francisco de Sales - Iglesia dedicada a él en París

El joven sacerdote ejercía su ministerio con incansable celo. Celebraba la misa con ejemplar devoción, sus sermones atraían a gente de toda la región y su inalterable bondad, a pesar de su temperamento colérico, empeataba ya a convertir los corazones más empedernidos. Finalmente, la Provincia encontraba en él lo necesario para asignarle una ardua y gloriosa misión, a la que el P. Francisco de Sales se dedicaría con un ardor similar al que animó a los primeros apóstoles.

Rumbo a Chablais

Los primeros predicadores calvinistas llegaron a Ginebra en 1532. Unos años después, fue prohibida la misa, expulsado el obispo y adoptada oficialmente la Reforma. La ciudad se convirtió en el centro impulsor del calvinismo, siendo llamada «la Roma protestante».

Poco a poco, las acciones de los herejes, junto con las de los ejércitos protestantes, produjeron una profunda commoción en la provincia fronteriza de Chablais, perteneciente al ducado de Saboya, llevando a muchos a la apostasía. En tiempos de Francisco de Sales, entre las treinta mil almas que allí vivían, no había ni cien católicos.

En 1594 el duque de Saboya, Carlos Emanuel, decidió restablecer allí la verdadera religión y pidió a Mons. Claudio de Granier, obispo de Ginebra residente en Annecy, que enviara misioneros para tal empresa.

El prelado dirigió un elocuente discurso a su clero, pero el miedo a la muerte y el recelo a las dificultades amedrantaron a todos. Sólo uno se ofreció voluntario para la tarea, el P. Francisco de Sales, al que se unió su primo Luis de Sales. Arrodillándose ante el obispo, dijo: «Si creéis que yo pueda ser útil en esa misión, dadme la orden

de ir, que yo estoy pronto a obedecer y me consideraré dichoso de haber sido elegido para ella».³

Los dos emprendieron viaje el 14 de septiembre de 1594, fiesta de la Santa Cruz. Al llegar a la frontera de Chablais, Francisco se arrodilló y, entre lágrimas, le suplicó a Dios que bendijera su trabajo.

Inicio del apostolado en Thonon

Ambos decidieron comenzar su apostolado en la capital Thonon, donde tan sólo quedaban veinte católicos, recelosos de profesar públicamente su fe por miedo a los herejes. Los sacerdotes los animaron a permanecer fieles a la religión católica y a no temer la persecución.

Los magistrados locales, a pesar de las cartas de recomendación del gobernador para que recibieran a los misioneros, se negaron a escucharlos y los trataron con la hosquedad característica de Calvin. Además, buscaban

una manera de sublevar la población contra los dos.

Pese a ello, Francisco de Sales no se desalentó. Al haber sido rechazadas sus invitaciones a debates públicos, decidió realizar visitas privadas a los habitantes de la ciudad. Poco a poco, la cortesía y la bondad con la que trataba a los herejes empezaron a dar frutos. Atraídos por su buen ejemplo, tan distinto del de los ministros hugonotes, hinchados de orgullo y rencor, muchos se enmendaron.

Un converso ofreció su residencia como lugar de reunión. Francisco charlaba allí sobre la religión católica y las conversiones aumentaban cada día. Los ministros hugonotes, alarmados, decidieron matar al bienhechor del misionero. Le encargaron el crimen a un familiar suyo, quien un día lo llevó a pasear por un sitio apartado de la ciudad. Pero su intención fue descubierta por la víctima, que le dijo: «Amigo mío, sé qué plan tienes: vienes aquí a asesinarme. Sin embargo, no tengáis miedo, porque si vuestra religión os lleva a matar a amigos y parientes, la mía me obliga, a ejemplo de Jesucristo, a perdonar a los enemigos más crueles». Confundido ante tanta bondad, el frustrado homicida pidió una entrevista privada con el P. Francisco y se convirtió en un fervoroso católico.

Crecen las conversiones

Las frecuentes conversiones no hacían más que aumentar el odio de los herejes, que intentaron dos veces acabar con la vida del santo misionero. La Providencia, no obstante, lo salvó de ambas. Temiendo perderlo, su padre instó al obispo de Ginebra a enviarlo de vuelta a Annecy, pero Francisco no aceptó y siguió predicando.

En uno de sus sermones convirtió a más de seiscientas personas. Aprovechándose de esto, convocó a los ministros hugonotes a una conferencia pública, cuya invitación sólo fue aceptada por uno de ellos. No pudo

resistir la argumentación del sacerdote católico y acabó abjurando públicamente de sus errores. Por este «crimen», sus antiguos compañeros de secta lo mataron.

No solamente con la fuerza de las palabras el P. Francisco de Sales movía los corazones, sino también con milagros. Había una joven en Thonon que, a pesar de escuchar con agrado sus sermones y reconocer que sus argumentos eran irrefutables, afirmaba que no abandonaría la herejía de Calvin. Dios, sin embargo, había dispuesto los acontecimientos de otra manera.

El hijo que le había nacido recientemente murió sin el Bautismo por su culpa, pues había decidido retrasar el acto basándose en su errónea creencia. Con el alma inmersa en la angustia y la aflicción por haberle privado de esta gracia, corrió a los pies del P. Francisco y le suplicó: «Mi querido padre, devolvedme a mi hijo, al menos el tiempo suficiente para que reciba el Bautismo, y me haré católica».⁵

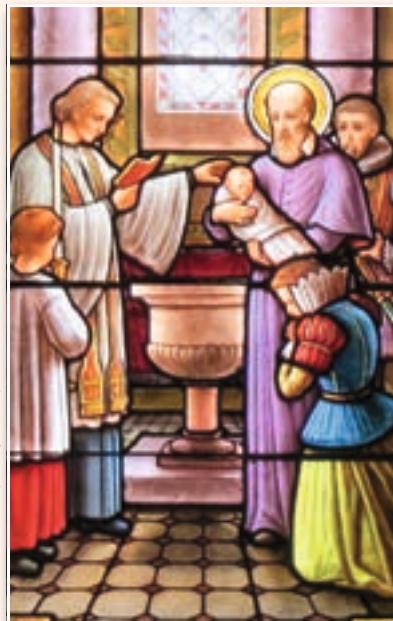
Comovido por las lágrimas de aquella madre, se arrodilló y le pidió a Dios que tuviera misericordia. Al regresar a su casa, se encontró al niño vivo y lo llevó inmediatamente a la iglesia para que fuera bautizado. El prodigo trajo a la fe católica a toda su familia y a numerosos calvinistas de la ciudad, quienes pudieron comprobar la veracidad de lo sucedido.

Patrón de los periodistas

A pesar de sus logros, muchos todavía se negaban a escucharlo. Para superar esta dificultad decidió escribir en hojas sueltas, copiadas luego por sus fieles, los puntos de la fe católica que abordaría en el sermón del domingo siguiente. Estos folletos se distribuían de casa en casa. Una iniciativa polémica y osada, sin duda, pero que hacía posible dar a conocer la verdad a quienes no querían oírlo.

A partir de esas páginas, escritas en un auténtico régimen de guerra, fue cuando se publicó la obra *Contro-*

Dr. Bernd Gross (CC by-sa 3.0)



Sus esfuerzos convirtieron a miles de personas al catolicismo en una región que estaba bajo el yugo de la herejía

San Francisco de Sales apadrinando a un niño - Iglesia dedicada a él en Seyssel (Francia)

versias. Su redacción y argumentos revelan el talento del autor apólogo, al exponer intrincados puntos de la doctrina de una manera clara y accesible. Por ello, el papa Pío XI lo proclamó en 1923 patrón de los periodistas y escritores católicos.

Todos sus esfuerzos dieron abundantes frutos. El ardoroso pastor convirtió a la religión verdadera a setenta y dos mil herejes. Unos años después de iniciada la misión, Mons. Granier fue a visitar la región y quedó impresionado por el fervor que constató allí. El P. Francisco de Sales había logrado restaurar la fe en un territorio que había estado más de sesenta años bajo el dominio de la herejía.

La cruz del episcopado

En vista de tales éxitos y del aura de santidad que rodeaba al nuevo apóstol, Mons. Granier propuso su nombre como obispo coadjutor de Ginebra al Papa Clemente VIII. Al principio, Francisco se mostró reacio a aceptar, pero, entendiendo que esa era la voluntad de Dios, asintió.

El día señalado se presentó en Roma para un examen previo a la consagración episcopal, en el que participaron eminentes teólogos como San Roberto Belarmino y el cardenal César Baronio. El sumo pontífice quedó asombrado con la sabiduría y la modestia del candidato.

De este modo, en 1602 fue finalmente ordenado obispo. En otoño del mismo año, tras el fallecimiento de Mons. Granier, asumió el gobierno de la diócesis. Mons. Francisco de Sales fijó su residencia en Annecy, desde donde, movido por un sobrenatural celo pastoral, custodiaba el rebaño que le había sido confiado.

Don para guiar a las almas

Se dice que, tras su muerte, encontraron la mesa de su escritorio bastante rayada por la parte de abajo, lo que permite suponer que, para controlarse en las discusiones con los calvinistas, este santo varón clavaba sus uñas en la madera del mueble. La bondad y la paciencia que atrajeron a tantos al seno de la Iglesia, y que parecían oriundas de su pura naturaleza, eran en verdad frutos de una virtud heroica que dominaba por completo las reacciones de su temperamento colérico.

Además, entre las principales obras que legó a la posteridad, la *Introducción a la vida devota* y el *Tratado del amor de Dios* reflejan de manera particular el interior de este varón que supo entregarse enteramente por el bien de los demás y poner de relieve su sublime arte de guiar a las almas por el camino de la santidad.

El legado de una de sus hijas espirituales bien lo demuestra. La baronesa Juana de Chantal, que había perdido a su marido con 28 años, se puso bajo su dirección en 1604, iniciando entonces una sobrenatural relación de la que surgirían abundantes frutos. En 1610 fundó, bajo los auspicios del obispo de Ginebra, la Congregación de la Visitación, que treinta y un años después contaba ya con ochenta y tres monasterios.

«La medida del amor a Dios es amarle sin medida»

La extensión y magnitud de su labor pueden suscitar en el lector la siguiente pregunta: ¿cómo consiguió



Guilhem Vellut (CC-by-sa 2.0)

La Orden de la Visitación bien demuestra el interior de este varón que supo darse para guiar a las almas hacia la santidad

San Francisco de Sales entrega la regla de la orden a Santa Juana de Chantal - Iglesia de San Severino, París

llover a cabo todo eso? La verdad es que, cuando se ama a Dios de veras y se está dispuesto a realizar su voluntad, el Señor corona con la gracia los míseros esfuerzos humanos y hace que de ellos surja una obra grandiosa. Como dice la máxima de San Bernardo de Claraval, transcrita por el obispo de Ginebra en sus acciones, «la medida del amor a Dios es amarle sin medida».⁶ He aquí el secreto de su triunfo.

San Francisco de Sales murió a la edad de 56 años el 28 de diciembre de 1622, en la ciudad de Lyon, después de pronunciar el dulce nombre de Jesús. Fue canonizado en 1665 y declarado doctor de la Iglesia en 1877. Su fiesta se celebra el 29 de enero, día en que sus restos fueron trasladados a Annecy. ♦

¹ BUTLER, Alban. *Vida de los Santos*. Ciudad de México: John W. Clute, 1965, t. I, p. 199.

² RICHARDT, Aimé. *Saint François de Sa-*

les et la Contre-Réforme. Paris: François-Xavier de Guibert, 2013, p. 72.

³ BUTLER, op. cit., p. 200.

⁴ ROHRBACHER, René François. *Vidas dos Santos*. São Paulo: Editora das Américas, 1959, t. II, p. 262.

⁵ HAMON, M. *Vie de Saint François de Sales*. Paris: Victor Lecoffre, 1924, p. 170.

⁶ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. «Tratado

sobre el amor a Dios», c. VI, n.º 16. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1993, t. I, p. 323.

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

San Odilón, abad (†1049). Pacificó en nombre de Dios a los pueblos beligerantes y, en tiempo de hambruna, socorrió a los más necesitados. Como abad de Cluny, en Francia, fue el primero en ordenar que la Commemoración de todos los fieles difuntos se celebrara en sus monasterios al día siguiente de la Solemnidad de Todos los Santos.

2. Santos Basilio Magno

(†379 Capadocia, Turquía) y **Gregorio Nacianense** (†c. 389 Capadocia, Turquía), obispos y doctores de la Iglesia.

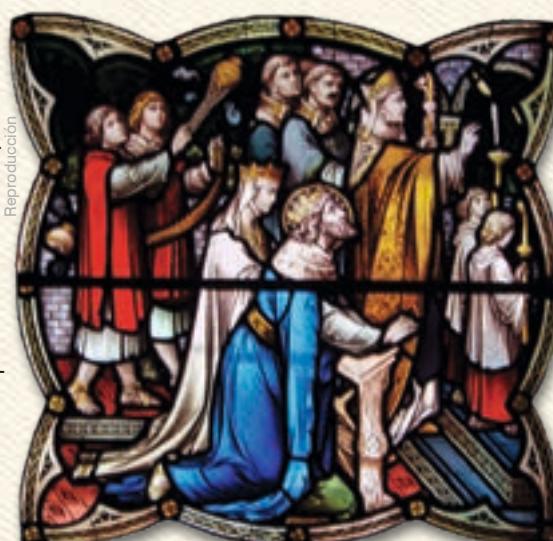
San Teodoro, obispo (†594). Al empeñarse en establecer la disciplina eclesiástica, fue perseguido por los reyes Childeberto y Gontrano. Murió en Marsella, Francia.

3. Santísimo Nombre de Jesús.

Santa Genoveva, virgen (†c. 500). Por consejo de San Germán, a los 15 años tomó el velo de las vírgenes consagradas. Animó a los habitantes de París aterrorizados por las incursiones de los hunos y ayudó a sus conciudadanos en tiempo de hambre.

4. Beato Manuel González García, obispo (†1940). Promovió la difusión del culto a la Sagrada Eucaristía en las diócesis de Málaga y Palencia, España, y fundó la Congregación de las Hermanas Misioneras Eucarísticas de Nazaret.

5. San Eduardo el Confesor, rey (†1066). Logró instaurar la paz en su reino e impulsó la comunión con la Sede Apostólica.



Reproducción
Escena de la vida de San Eduardo el Confesor - Iglesia de Santa Edith, Monjes Kirby (Inglaterra)

6. Solemnidad de la Epifanía del Señor.

San Andrés Corsini, obispo (†1373). Después de una desastrosa juventud, se hizo carmelita y fue elegido obispo de Fiesole, Italia. Gobernó su diócesis con sabiduría, auxiliando a los pobres y reconciliando a sus enemigos.

7. Bautismo del Señor

San Raimundo de Peñafort, presbítero (†1275 Barcelona, España).

San Canuto Lavard, mártir (†1137). Duque de Schleswig, en Dinamarca, gobernó el principado con prudencia y bondad y fomentó la piedad de su pueblo. Fue asesinado por enemigos que enviaban su autoridad.

8. San Severino, presbítero y monje (†c. 482). Reorganizó la región de Nórico, actual Austria, devastada por los hunos. Reformó las costumbres, convirtió a los infieles, fundó monasterios e impartió instrucción religiosa a los que la necesitaban.

9. San Eulogio, presbítero y mártir (†859 Córdoba, España).

San Adriano, abad (†710). De origen napolitano y muy instruido en ciencias eclesiásticas y civiles, hizo de su monasterio de Canterbury, Inglaterra, un importante centro de formación de religiosos.

10. Beato Gregorio X, papa (†1276). Para promover la conciliación entre los cristianos y recuperar Tierra Santa, convocó el II Concilio Ecuménico de Lyon.

11. Beato Guillermo Carter, mártir (†1584). Por haber impreso en su taller un tratado sobre el cisma anglicano, fue arrestado, torturado, ahorcado y descuartizado en Londres, durante el reinado de Isabel I.

12. San Benito Biscop, abad (†c. 690). Fundó en Inglaterra los monasterios benedictinos de Wearmouth y Jarrow, dedicados a los santos Pedro y Pablo.

13. San Hilario, obispo y doctor de la Iglesia (†367 Poitiers, Francia).

San Remigio, obispo (†c. 533). Durante más de sesenta años fue obispo de Reims, Francia. Bautizó al rey Clodoveo, convirtiendo al pueblo franco a Cristo.

14. II Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Nino (†s. IV). Llevada como esclava a la actual Georgia, se ganó, por la santidad de su vida, el respeto y la admiración de los paganos, logrando atraer a la fe al rey, a la reina y a varios miembros de la corte.

15. San Francisco Fernández de Capillas, presbítero y mártir

(†1648). Sacerdote dominico español, que llevó el nombre de Cristo a Filipinas y luego a Fujian, China, donde fue arrestado y decapitado.

16. San José Vaz, presbítero (†1711). Misionero indio de la Congregación del Oratorio, en la actual Sri Lanka. Tradujo los Evangelios al tamíl y al cingalés.

17. San Antonio, abad (†356 Tebaida, Egipto).

San Julián, asceta (†c. 377). Llamado el «Anciano» por los antiguos, vivió en Osroena, territorio situado actualmente entre Siria y Turquía. Aunque había abandonado el bullicio de la ciudad, dejó temporalmente su soledad para refutar tenazmente a los seguidores de la herejía arriana en Antioquía.

18. Santa Margarita, virgen (†1270). Hija del rey Bela IV, de Hungría, se consagró al Señor como religiosa dominica a los 12 años.

19. San Juan, obispo (†595). En la diócesis de Rávena, se ocupó eximamente de las necesidades de la Iglesia cuando Italia fue devastada por la guerra contra los lombardos.

20. Santos Fructuoso, obispo, y Au- gurio y Eulogio, diáconos, mártires (†259 Tarragona, España).

San Fabián, papa y mártir (†250 Roma).

San Sebastián, mártir (†s. IV Roma).

Santa María Cristina de la Inmaculada, virgen (†1906). Dedicó su vida a la formación cristiana de los niños en Casoria, Italia, y fundó la Congregación de las Hermanas Víctimas Expiatorias de Jesús Sacramentado, para la adoración perpetua al Santísimo Sacramento.

21. III Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Inés, virgen y mártir (†s. III/IV Roma).

San Epifanio, obispo (†496). Durante las invasiones bárbaras, trabajó incansablemente por la reconciliación de los pueblos, la redención de los cautivos y la reconstrucción de la ciudad de Pavia, donde murió.

22. San Vicente, diácono y mártir (†304 Valencia, España).

Beato Ladislao Batthyány-Strattmann, padre de familia (†1931). Médico de una familia principesca húngara, atendía gratuitamente a los pobres e indigentes en el hospital que fundó en Kittsee, Austria, y más tarde en Körmend, Hungría.

23. San Ildefonso, monje y obispo (†667 Toledo, España).

24. San Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia (†1622 Lyon, Francia).

Beata María Poussepin, virgen (†1744). Fundó en Sainville, Francia, el Instituto de las Hermanas Dominicas de la Caridad de la Presentación de la Santísima Virgen.

25. Conversión de San Pablo, apóstol.

Beato Henrique Suso, presbítero (†1366). Sacerdote dominico alemán, fue insigne predicador del Santísimo Nombre de Jesús y soportó pacientemente numerosas dificultades y enfermedades.

26. Santos Timoteo (Éfeso, Turquía) y Tito (Creta, Grecia), obispos.

Beato Gabriel María Allegra, presbítero (†1976). Franciscano, reconocido estudioso y pre-

dicador del Evangelio, tradujo la Biblia completa al chino. Murió en Hong Kong.

27. Santa Ángela de Mérici, virgen (†1540 Brescia, Italia).

Beata Rosalía du Verdier de la Sorinière, virgen y mártir (†1794). Religiosa de la Congregación de las Benedictinas de Nuestra Señora del Calvario, guillotinada en Angers durante la Revolución francesa.

28. IV Domingo del Tiempo Ordinario.

Santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor de la Iglesia (†1274 Príverno, Italia).

Beata Olimpia Bidà, virgen y mártir (†1952). Monja ucraniana de la Congregación de las Hermanas de San José, que durante la persecución comunista fue enviada a un campo de concentración en Siberia, donde murió de hambre y falta de asistencia médica.

29. San Gildas el Sabio, abad

(†570). Escribió sobre la destrucción de la Bretaña Menor, lamentando las calamidades de su pueblo e increpando el desatino de los príncipes y del clero. Según la tradición, fundó un monasterio en Rhuys, donde murió.

30. Beata Carmela García Moyón, mártir (†1937).

Catequista quemada viva en la localidad valenciana de Torrent, durante la guerra civil española.

31. San Juan Bosco, presbítero (†1888 Turín, Italia).

Beata Candelaria de San José, virgen (†1940). Fundó en Altagracia de Orituco, Venezuela, la Congregación de las Hermanas Carmelitas de Madre Candelaria.

¿De qué color

Si los colores pueden establecer «ciertos estados de alma» e «influir profundamente en las mentalidades», ¿con qué tonalidad el Creador tiñó la celeste bóveda que cubre su obra? La respuesta ha presentado matices distintos a lo largo de los siglos...

Ante la aparente banalidad de la pregunta inicial, la respuesta más intuitiva sería ciertamente «azul». De hecho, el nombre de este color en latín es *cæruleus*, cuya etimología se remonta al propio cielo —*cælum*—, como delimitando: azul equivale a celeste. Sin embargo, el desenlace de la cuestión no es tan obvio como parece...

Es curioso observar que entre las pinturas de la Antigüedad el firmamento no se presentaba cubierto de azul, sino de blanco, dorado o incluso rojo. Este último era la tintura predominante en los tejidos romanos, hasta el punto de que el término *colorido* —*coloratus*— pasó a ser equivalente de *rojo* —*ruber*—, como permanece en una de sus sinonimias en el español actual —*colorado*.

En la práctica, la cultura greco-romana consideraba el rojo como el color por excelencia. El azul, a su vez, era reputado secundario o incluso hostil: Julio César narra que los británicos exhibían sus cuerpos azulados «para tener un aspecto más terrible en la batalla».º Además, vestirse de

azul era un signo de excentricidad y tener los ojos de ese color era una especie de anomalía...

En la época patrística, el blanco era el color más registrado en los textos, seguido de cerca por el rojo (32% y 28%, respectivamente), mientras que el azul permanecía prácticamente olvidado (menos del 1%).º En ese ínterin, el blanco se convirtió en el «color cristiano» por antonomasia, simbolizando la pureza, la santidad y la gloria. En el ámbito litúrgico, el clero comenzó a usar el alba —*albus*, blanco— para las celebraciones, pues los tejidos teñidos eran considerados impuros.

A partir del siglo IX, el negro, tradicionalmente asociado a la mortificación, se convirtió en el color casi oficial de los hábitos monásticos, que se consolidó por influencia de los monjes de Cluny. Los cistercienses, en cambio, empezaron a asociar el negro al lujo. Así pues, adoptaron el hábito de la lana cruda, es decir, de coloración grisácea, por lo cual fueron apodados como «monjes grises».

Más tarde, la Virgen se le apareció a San Alberico, abad de Císter, revisitiéndolo con un manto albo, color que en adelante adoptaría la rama reformada, renombrados como «monjes blancos». Años después, Pedro el Venerable, abad cluniacense, le escribió en 1124 una desairada misiva a San Bernardo, abad de Claraval, reprochándole a los cistercienses que se consideraran «los santos, los auténticos y únicos verdaderos monjes del mundo entero», por «ostentar el hábito blanco», tonalidad propia para «la alegría y las solemnidades» y no para vivir la penitencia en este «valle de lágrimas»...º

En realidad, para el Santo de Claraval, la blancura era símbolo de despojo. Los colores estarían impregnados de materialidad, a diferencia de la luz, símbolo de espiritualidad. Por lo tanto, sus iglesias eran monocromáticas y estaban privadas de imágenes, excepto la del Cristo crucificado. Lo que para Pedro el Venerable era un signo de soberbia, para Bernardo evocaba sobriedad.

De hecho, como comenta Plinio Corrêa de Oliveira en *Revolución y*

es el cielo?

■ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP



Contra-Revolución, los colores pueden establecer «ciertos estados de alma» e «influir profundamente en las mentalidades».⁴ En esta estela, el siglo XII representó una verdadera contrarrevolución en los colores. Por ejemplo, el azul empezó a tener destaque, por su creciente atribución a la Virgen María, cuyas ropas estaban, hasta entonces, estampadas en diferentes tonos oscuros, no obstante, rara vez azulados.

Con el gótico, efectivamente todo se sublimó: al posibilitar a través de su arquitectura una mayor entrada de luz exterior, así como la expansión de los vitrales, los colores comenzaron a configurarse como algo propio de la luminosidad —por cierto, circunstancia probada hoy por la física. En verdad, para los medievales la luz era el elemento visible más «espiritual». Después de todo, «Dios es luz» (1 Jn 1, 5).

Y se hizo la luz. El azul, antaño considerado «color de bárbaros», se destacó en los vitrales, fomentando casi una sana disputa por un azul arquetípico: existía el azul de Saint-De-

nis, el azul de Chartres, etc., hasta que alcanzó preeminencia en las cortes, especialmente en la de San Luis IX y su *bleu royal* —azul real.⁵ Por su parte, el *blau* germánico sobresalió en la heráldica.

En efecto, para el abad Suger, artífice de la basílica de Saint-Denis, cuna del gótico, el esplendor del recinto sagrado debería simbolizar la Jerusalén celestial, cuyos muros son como un prisma: «adornados con toda clase de piedras preciosas» (Ap 21, 19). Además, como ardiente cromófilo, Suger aplicó la variedad de los colores no sólo a las piedras, sino también a los tejidos, a los esmaltes y sobre todo a los vitrales de ese «paraíso» en la tierra.

Pues bien, la física misma demuestra que aún vislumbramos la realidad «como en un espejo, confusamente» (1 Cor 13, 12), ya que no solamente somos ciegos para aprehender lo sobrenatural, sino también una infinitud de colores del espectro. Sólo el arcoíris tiene más de un millón de colores...

Por lo tanto, el cielo no está pintado con el añil de las playas brasileñas,

ni con la policromía de las auroras boreales, y mucho menos con el gris de las megalópolis posmodernas. El cielo es, por así decirlo, «omnicromo», es decir, todo colorido. De hecho, el ojo humano nunca ha visto lo que Dios ha preparado allí arriba para quienes lo aman (cf. 1 Cor 2, 9): ¡una verdadera acuarela divina! ♦

¹ GAIUS IULIUS CÆSAR. «De bello gallico». L. V, 14, 2. In: HERING, Wolfgang (Ed.). *C. Iulii Cæsaris commentarii rerum gestarum*. Berolini-Novi Eboraci: Walter de Gruyter, 2008, p. 73.

² Cf. PASTOUREAU, Michel. *White: The History of a Color*. Princeton-Oxford: Princeton University Press, 2023, p. 68.

³ PETRUS VENERABILIS. «Epistola 28. Ad dominum Bernardum abbatem clarævallis». In: CONSTABLE, Giles (Ed.). *The Letters of Peter the Venerable*. Cambridge: Harvard University Press, 1967, t. I, p. 57.

⁴ RCR, P. I, c. 10, 2.

⁵ Cf. PASTOUREAU, Michel. *Blue: The History of a Color*. Princeton-Oxford: Princeton University Press, 2001.



Tnseguros, como todo el mundo, acerca del día de mañana, elevamos nuestros ojos en actitud de oración hasta el trono exento de María, Reina del Universo. Y al mismo tiempo, de nuestros labios brotan, adaptadas a Ella, las palabras del salmista dirigidas al Señor:

«Ad te levavi oculos meos, qui habitas in Cælis. Ecce sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum. Sicut oculi ancillæ in manibus dominæ suæ; ita oculi nostri ad Dominam Matrem nostram donec misereatur nostri».

Sí, dirigimos la mirada hacia la Señora de Fátima, pidiéndole cuanto antes la contrición que nos obtenga los grandes perdones, la fuerza para que libremos los grandes combates y la abnegación para que seamos desprendidos en las grandes victorias que traerán consigo la implantación de su Reino. Victorias éstas que deseamos de todo corazón, aunque para llegar a ellas la Iglesia y el género humano tengan que pasar por los castigos apocalípticos —pero cuán justicieros, regeneradores y misericordiosos— por Ella previstos en 1917 en Cova da Iria.

Plínio Corrêa de Oliveira
«Revolución y Contra-Revolución»